

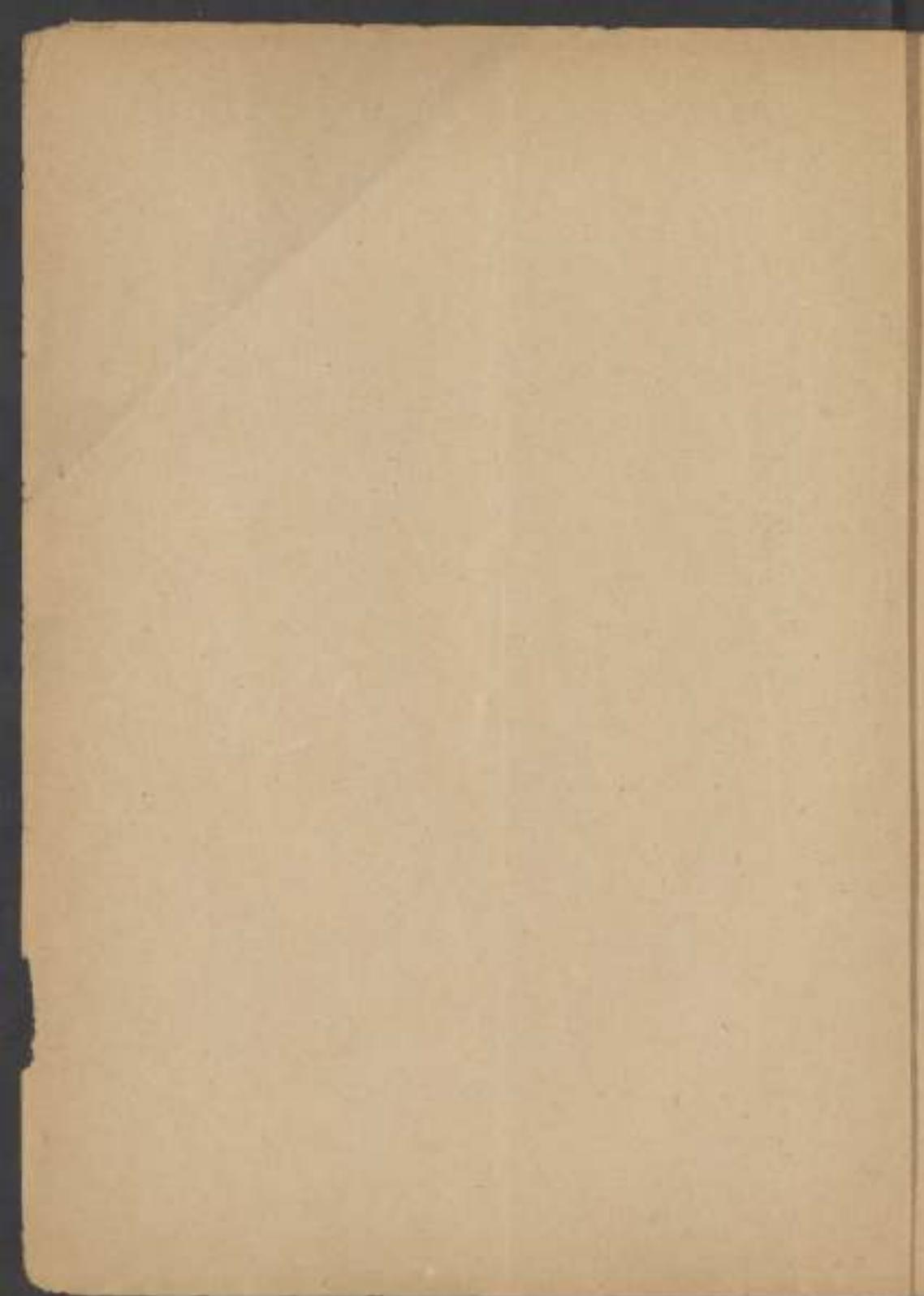
EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

Ronny

KATHE DE NAGY
y

WILLY FRITSCH







RONNY

== TÍTULOS ==
DE LAS CANCIONES

Los sueños que nos hacemos.
El amor y el uniforme.
Busquemos una Pompadour.
Cuatro domingos.
Si tú me adoras.
Vuestras palabras son fuego.
Coro ministerial.
Figulina
Una Pompadour.
Duo de amor.

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO CORREOS 707 - TELÉFONO 70657
CALLE DE VALENCIA, 204 - BARCELONA



EDITORIAL
"ALAS"

RONNY

Deliciosa novela amorosa de una pobre modistilla, alegre y soñadora que cree vivir en un país de quimera y un Príncipe apuesto y simpático, en quien la belleza de aquella pone la nota alegre y optimista de la vida, haciendo nacer en su corazón el verdadero amor. ::::

PRODUCCIÓN SONORA



Calle de Balmes, núm. 79 - BARCELONA
Calle de Antonio Maura, 16 - MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

Ronny	KATE DE NAGY
Príncipe de Peruse	WILLY FRITSH
Ministro de Estado	A. Vaschler
* * Guerra	W. von Schwind
* * Hacienda	H. Wassman
Intendente	O. Wallburg
Antón	W. Grill
Lisa	O. Gebauer

PRODUCIDA POR:

Gunther Stapenhorst,
con Otto Wallburg y
W. von Schwind.

FOTOGRAFÍA:

Fritz Arno Wagner.

SONIDO:

Herman Faltzsching.

MÚSICA:

Emmerich Calman.

DIRECCIÓN MUSICAL:

Marek Weeber.

REALIZADOR:

Reinhold Schunzel.

NOVELADA EN ESPAÑOL POR

MANUEL NIETO GALÁN

R O N N Y

ARGUMENTO DE
DÍCHA PELÍCULA

LA CASA EISENSTEIN HERMANOS

No dudamos que cuando nuestros lectores sepan a qué se dedicaba la casa Eisenstein Hermanos harán un gesto de extrañeza. Su nombre, por sí solo, parece indicar algo científico, algo muy serio y educativo; pero en contra de esa opinión que de pronto puede formarse de dicha casa, diremos que los hermanos Eisenstein se dedicaban a algo más artístico, más frívolo, más divertido, en una palabra. Sobre su puerta, podía leerse con caracteres bien visibles la siguiente inscripción:

EISENSTEIN HERMANOS

MODISTOS

TRAJES DE TEATROS
DESFRACES DE TODAS CLASES

Es decir, que era una de esas encantadoras colmenas donde un enjambre de deliciosas chiquillas se pasaba el día confeccionando tra-

jes que, una vez hechos, jamás volverían a ver y, menos aun, a tener.

Precisamente, en el momento que conseguimos abrir la puerta y entrar en el gran salón (gran salón porque es donde se presentan los maniqués para la exhibición de trajes), nos vemos sorprendidos por la más original fiesta que pueda nadie imaginarse. Muchas parejas están bailando, y cada una de ellas lleva un traje diferente y que corresponde a una época distinta. Eso sí, no podemos negar la belleza de los disfraces y menos aun de quienes los llevan, porque hay que advertir que en este salón las parejas no son mixtas, sino que se componen exclusivamente de mujeres. Los únicos representantes que hay del sexo feo son los que están de espectadores, viendo cómo las chicas bailan.

Por fin, uno de los directores se acercó a uno de los espectadores, un señor de unos cuarenta años, irreprochablemente vestido, y al que hizo una profunda reverencia,

al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Quiere el señor Intendente ver todos los trajes?

—Sí—respondió el Intendente—. Así podré formar mejor idea.

Tal vez la idea que se quisiera formar no fuera precisamente de los trajes, y sí de las muchachas que los llevaban puestos. Pero sea una cosa u otra, el resultado fué que al final exclamó entusiasmado:

—¡Qué vestuario tan exquisito!... ¡Su Alteza el Príncipe quedará entusiasmado!

—Ya habrá visto que hemos seguido todas las indicaciones del augusto autor, Príncipe de Perusa—respondió el director—. Solamente queda uno por hacer, que como es el de más cuidado, hemos querido asegurarnos de su buen gusto.

—¿Es para un hombre o para una mujer?—preguntó el Intendente, que por lo visto el deseo de ver mujeres no quedaba nunca satisfecho en él.

—Hay que preguntárselo a Ronny—replicó el director.

—¿Quién es Ronny?

—Ronny es nuestro dibujante. Si lo desea, le haré venir para que le muestre los dibujos y le dé una explicación de cada uno de los trajes.

—Bueno, que venga—aceptó el

Intendente, sin gran interés por conocer al dibujante.

Pero resultaba que Ronny no era un dibujante, sino «una dibujanta», pero una dibujanta con diez y nueve años, más alegre que una sonrisa y más bonita que una flor en primavera. De cuerpo armonioso, admirablemente formado, cabello negro como el ébano, ojos grandes, rasgados en forma de almendra, labios rojos como amapolas y una boca chiquita cuajada de perlas, Ronny era una de esas mujercitas por quienes se pierde el hombre más ecuánime del mundo. Sobre todo, cuando miraba sonriendo, se experimentaba la sensación de un impulso magnético que atraía hacia ella, incitando a besarla.

En su aspecto físico y exterior, pocas mujeres podrían compararse con ella, pero en cuanto a sus sentimientos, eran idénticos a los de todas las muchachas de su edad. Ronny soñaba con el amor, soñaba con ser la protagonista de una pasión grande, y esperaba confiada al hombre que haría latir su corazóncito a impulso de esos latidos amorosos.

Y mientras dibujaba, soñaba con esto, y sus labios iban tarareando una cancioncilla que era como el eco de sus pensamientos, y que decía:

LOS SUEÑOS QUE NOS HACEMOS

Es locura a un dulce sueño
 buscar clara explicación,
 si el amor es nuestro dueño
 y nos manda el corazón.
 Mas el sueño es engañoso
 y promete dichas mil,
 que al despertar doloroso
 son sólo niebla sutil.
 Yo he sentido hoy la caricia
 de un bello sueño de amor,
 y lo guardo con delicia
 ...aunque sea engañador.

Al terminar de cantar, suspiró tristemente, pensando que todo era como aquella canción, un dulce sueño, cuyo despertar suele ser siempre doloroso, y para mayor abundamiento de su pensamiento, se sintió llamar y al volver la cabeza vió que no era el quimérico amor soñado, sino el prosaico Bomboni, uno de los encargados, quien le dijo:

—La llaman.

—¿Quién?

—El Intendente de Perugia, que está viendo los trajes—respondió Bomboni.

—¡Qué entenderá él!—respondió, displicente, Ronny—. ¡De seguro que no le gustarán!

—No sé—volvió a decirle Bomboni—. Ya sabe que yo odio las ope-

retas. A mí, sólo me gusta el teatro clásico.

—Sí, ya sé que para usted no hay más que Corneille y Shakespeare—respondió, riendo, Ronny. Y, poniéndose en situación dramática, le preguntó:

«Rodrigo, tienes valor?»

A lo que inmediatamente contestó Bomboni, declamando el final del verso:

«Si no fuerais vos mi padre,
 pagaraís esa pregunta
 en el campo del honor».

—Con versos así—exclamó Bomboni, plenamente convencido y orgulloso de su afición—, no hace falta musiquilla de opereta.

Ronny, riendo alegremente mientras se disponía a salir al salón, le dijo:

—Es usted incorregible.

A lo que el aludido contestó con otro verso de algún drama que había visto, y que decía:

«Porque soy descendiente de no-
 [bles caballeros
 que sostuvieron su honor con sus
 [aceros».

Ronny, sin poderse contener, salió al salón y al ver allí al Intendente, contuvo su risa, al mismo tiempo que el director le decía:

—¿Quiere usted presentarle los trajes al señor Intendente de Perusa?

Y el Intendente de Perusa, al ver a Ronny, cambió por completo su fisonomía; se alejó de su rostro la seriedad que tenía y sonrió amablemente a Ronny, mientras interiormente pensaba que con un dibujante así, era él capaz de estar posando aunque fuesen las veinticuatro horas del día.

—Hace usted el favor de acercarse—le dijo Ronny, mientras hacía parar a una de las muchachas.

—¿Ve usted este traje?... Es para el primer acto.

—Sí, ya sé, al final...

—No—le atajó Ronny—. Al final es la gran escena del amor. Para entonces es este otro.

El Intendente se acercó a la muchacha que lo llevaba, que verdaderamente era digna de figurar en una escena de amor, y Ronny siguió dándole explicaciones, de la siguiente manera:

Para mayor facilidad en las mutaciones, se abre y se cierra así.

Volvió a la muchacha de espaldas y le abrió el vestido, que se abría y cerraba por medio de un enganche automático, lo mismo que el cierre de algunos monederos.

El Intendente se quedó mirando, no el cierre, sino la escultural espalda de la muchacha y lamentando que Ronny la hubiese cerrado tan pronto, le dijo:

—¡Me encantan las mutaciones! ¡Muéstrame otra vez!...

Pero como a pícaro no había quien le ganase, se dio cuenta del juego del Intendente, y tomando un bolso que había sobre la mesa, casualmente con un cierre igual que el del vestido, lo abrió y cerró, diciéndole con una sonrisita irónica:

—Sencilísimo... Se abre... se cierra...

—Muy curioso—respondió el Intendente, defraudado en sus deseos—. Pero yo hubiese preferido ver la prueba en el modelo vivo.

—Ya lo comprendo—respondió Ronny—, pero ya tendrá tiempo de verlo cuando se represente la ópera. ¿Le gustan los trajes?

—¡Muchísimo!—respondió el Intendente—. Ya veo que ha estudiado a fondo nuestra obra. Estos trajes serán dignos del augusto compositor.

Y con un viva al Príncipe de Perusa, se despidió el Intendente, recomendando que los trajes estuviesen, en la fecha señalada, en Perusa.

EL PRINCIPE DE PERUSA.

Perusa, un pequeño reino situado al Sudeste de Europa, era uno de esos reinos en los que sus habitantes, sin grandes complicaciones, vivían alegremente.

Idolo de sus súbditos era el Príncipe, por quien más de una muchacha, por no decir todas, suspiraban y que hasta entonces se había librado de las flechas del amor, aun cuando sintiera por las mujeres una admiración profunda.

Contaba a la sazón veinticinco años, y su porte elegante, distinguido, y la gran simpatía que se desprendía de su persona, hacía que este cariño que todos sentían por él fuese aún mayor.

Pero él era Príncipe, porque había nacido siéndolo, pero no por deseo propio, ya que más que los asuntos del Estado, llamaban su atención la vida alegre, ajena a toda preocupación, libre de etiquetas, y, sobre todo, su gran afición a la música. Había escrito varias com-

posiciones líricas, aunque nunca se atrevió a estrenarlas por miedo a un fracaso, que en su alta posición, sería terrible para él. Mas de pronto, el autor del libreto de una opereta llegó a convencerlo de que pusiese música a su libro, y el Príncipe, entusiasmado, escribió la partitura y dió órdenes para que se reunieran cuantos elementos pudieran contribuir al éxito de su obra. Los decorados fueron encargados a los más reputados escenógrafos, y los trajes, a los Hermanos Eisenstein, como garantía de modistos de primer orden.

Desde que quedó montada la obra, se pensó en elegir quién tendría que desempeñar el primer papel, y dieron principio los ensayos. El Príncipe no faltaba a ninguno de ellos. Aquella vida, que ya tenía un motivo para él, le agradaba y le hacía sentirse alegre y cariñoso con todo el mundo.

Una de estas mañanas, mientras

un grupo de chicas presenciaba desde la reja del patio de palacio la parada militar, apareció el Príncipe, y el Ministro de Guerra, que casualmente entraba, se apresuró a tomar el mando de la fuerza y a dar la voz reglamentaria:

—¡Presenten armas!

Y, acercándose al Príncipe, hizo varias evoluciones con el sable, al mismo tiempo que le decía:

—¡Sin novedad, Alteza!

El Príncipe, al ver que tomaba su papel tan en serio, se echó a reír, y le dijo:

—Déjate de bromas y quitame ese sable de delante.

Y dirigiéndose a los soldados, les dijo, mientras pasaba revista:

—Buenos días, muchachos.

Entonces, se dió cuenta del grupo de muchachas que había en la verja, y les sonrió saludándolas. Ellas devolvieron el saludo con una graciosa reverencia y el Príncipe ordenó a los soldados para que se fijasen en las jóvenes:

—¡Vista a la derecha!

Y para animarlos empezó a cantarles una marcha militar que había oído en una opereta, y que decía:

EL AMOR Y EL UNIFORME

En marcha, mis soldados,
marchemos a compás;
que el amor y el placer
mirándonos están.

Lo que piense el general
nos es igual;

lo que piensen las mujeres
es el punto capital.

Cada vez que el regimiento
desfila al son del rataplán,
os miran y suspiran las doncellas.

Que es su mayor placer
el venir a escoger
a los que ahora suspiráis por ellas.

Un novio guapo bien uniformado
es el ideal que todas se han forjado.
Desfilad, desplegad vuestra bandera
que os contemplan los ojos del
y de la primavera... ¡amor

Y riéndose a más no poder de la cara de extrañeza del Ministro de la Guerra, salió de palacio, dejando a los soldados que se las entendieran con las muchachas, en sin igual combate amoroso, mientras él iba a presenciar el ensayo de su obra.

BUSCANDO UNA CANTANTE

Por aquel entonces, todos los ministros y altos dignatarios tenían una grave preocupación que los alejaba de los asuntos del reino. Cada uno, con relación a su cargo, se ocupaba de la obra que había de estrenarse, y todos ponían cuanto podían para que el éxito fuese completo. Parecía como si la suerte de Perusa dependiese únicamente de que el Príncipe triunfase o fracasase en aquella obra de la que era autor.

Desde luego, el más interesado en ella, por razón de su ministerio, era el de Hacienda, que en aquellos días estaba atareadísimo buscando una fórmula para resolver un grave inconveniente que se había presentado de pronto. Pero los días pasaban sin encontrar la solución, y aquella mañana, cuando llegó el Príncipe, se decidió a comunicarle la fatal nueva, diciéndole:

—Alteza... un caso... un caso gravísimo...

—¿Qué pasa?—preguntó el Príncipe, alarmado.

—Yo pensaba que... sería posible... ¡Y es imposible!

—¡Explíquese usted de una vez! —le exigió el Príncipe—. ¿Qué sucede?

—Pues que es imposible encontrar en Perusa una tiple digna de cantar la opereta de Su Alteza.

El Príncipe se levantó airadamente y exclamó:

—¿Y qué es lo que ha pensado hacer?... ¿No se lo ha ocurrido nada?

—Ya lo creo que se me ha ocurrido—respondió el Ministro.

—A ver... Veamos qué solución le da.

—Pues que he mandado al señor Intendente a Viena, con la delicadísima misión de buscar una tiple y hacer feliz a Perusa...

Y esta misma conversación sostenían en el patio del teatro de la Corte los otros ministros, si bien és-

tos daban rienda suelta a sus pensamientos, y el Ministro de Estado le decía al de la Guerra:

—¿Comprende usted mi intención?

—Ni una palabra... señor Ministro de Estado—respondió el otro, mirando en derredor suyo.

Cada una de las estatuas que figuraban en aquel patio—jardín del teatro—representaba a las distintas favoritas que habían influenciado en la vida de los anteriores príncipes, y el Ministro de la Guerra, para que su compañero de Gabinete viese que le había comprendido, señaló a una de ellas, y le dijo:

—¿Quién desencadenó la guerra en tiempos de Fernando?

—Su amante—respondió el Ministro de Estado.

—No fué mal negocio para nuestros antecesores—comentó el Ministro de la Guerra.

—Y reinando Benevento, ¿quién organizó la lotería?

—Su favorita—y señaló a otra de las estatuas. Y de esta forma, fueron mencionando el hecho que se atribuía a cada una de las amantes que allí figuraban, hasta que con-

vencidos de que habían tenido una feliz idea, se pusieron a cantar:

BUSQUEMOS UNA POMPADOUR

Si queremos mantener
el poder
hace falta a nuestro lado
una mujer.
Que en política, el amor
es el resorte mejor.

Busquemos una Pompadour,
busquemos una Pompadour,
una linda Pompadour,
rubia o morena,
con tal de que sea buena
amante, lo mismo da,
con sus mimos y caricias
y del amor las delicias
nuestro influjo sostendrá
y la patria salvará.
¡Busquemos una Pompadour!

Y las estatuas, como si el pensamiento de aquellos ministros fuese un llamamiento a sus almas, parecieron recobrar la vida, para cantar también aquella canción que las hacía tan necesarias y bailar en aquel jardín donde triunfaron en vida.

CAMINO DE PERUSA

En Viena, en casa de los Hermanos Eisenstein, había terminado ya el embalaje de todos los trajes que habían sido encargados por el Intendente de Perusa. La razón comercial podía sentirse orgullosa, no solamente de su trabajo, sino también de la creadora de aquellos modelos, de Ronny, gracias a la cual, cada traje era una maravilla de buen gusto y de originalidad.

Y como los directores de la casa querían que cada uno de sus dependientes recibiese las felicitaciones o censuras de sus trabajos, Ronny fué la encargada de llevar a Perusa el vestuario que ella había ideado.

Y una mañana, al llegar al taller, el director le dijo:

—Señorita Ronny, debe usted salir inmediatamente para Perusa.

—Pero... así... de pronto... ¿Sin darme tiempo para nada?—protestó débilmente Ronny.

—No hay tiempo que perder—le respondió el director—. El estreno

es inmediato y hay que entregar los trajes cuanto antes.

—Está bien—terminó diciendo Ronny—. Iré a Perusa.

—El mejor tren es el exprés—le aconsejó el director.

—Pero en ese tren, sólo hay primeras—respondió Ronny.

—Pues tome el siguiente, que tiene segundas—le indicó su jefe—. Es una bonita misión. Lleva usted cincuenta francos diarios de dieta.

—¿Y mi pasaporte?—preguntó Ronny.

—Antón se ocupará de todo.

Antón era otro de los empleados de la casa, una especie de «botones», aunque algo crecido y que, con Ronny, hacía las delicias del taller. Muy aficionado a la música, a cualquier cosa le sacaba una canción, siempre que no fuera muy trabajosa, porque él solamente había dos cosas que no podía sufrir: el tener que trabajar y el levantarse temprano.

Por lo mismo, aquella misión de acompañar a Ronny le pareció deliciosa, mucho más pensando que en compañía de la joven no se aburriría en todo el viaje.

Mientras que Antón fué por los billetes y pasaportes, el director siguió dándole instrucciones a Ronny, y le dijo:

—En la frontera, cambiarán de tren. A las tres, llegarán a Perusa. Buen viaje y buen éxito.

Al poco rato, volvió Antón con los billetes y cargaron los bultos en el auto que había de llevarlos a la estación; pero antes de salir del taller, quiso despedirse de las chicas y les dedicó una canción que él tituló:

CUATRO DOMINGOS

Un solo día de descanso
y seis días de trabajar,
quien inventó esa combina
se debió de equivocar.
Es poco cuatro domingos
en un mes;
seis domingos por semana,
mejor es.

El domingo es un día encantador;
luego llega el lunes con su horror.
Un solo día de descanso
y seis días de trabajar,
quien inventó esa combina
se debió de equivocár.

Y ya en el patio, cuando se hallaba con Ronny en el auto que debía llevarlos a la estación, volvió a repetir la canción, que corearon todas las muchachas, mientras que, asomadas a las ventanas, agitaban sus pañuelos despidiendo a los compañeros que se iban.

Mientras ellos iban hacia Perusa, en el hotel que más tarde debían ocupar, llegaba de comprar una de las doncellas, que al ver a su novio que la aguardaba, le dijo desde el puentecillo que había sobre el jardín:

—¿Easás ahí?

—Aquí me tienes esperándote hace media hora—respondió el novio.

Y al llegar ella donde estaba él y sabiendo lo celoso que era, le dijo burlescamente:

—Recuerdos del cocinero.

—¿Todavía te ronda?—preguntó.
—¡Ah, coqueta, pérfida!...

—Eres un celoso ridículo—le respondió la doncella. Y acordándose del acontecimiento que se preparaba en la Corte, con motivo del estreno de la obra del Príncipe, le dijo en tono confidencial:

—El Intendente ha vuelto ya al hotel, pero no trae a la cantante.

—No mientas, Lisa—le respondió él—. Si hubiese vuelto, yo le habría visto.

—¿Tú? ¿por qué?

—Ya sabes que estoy en la estación, y todo el viajero que llega lo veo antes que nadie.

—Pues yo te digo que ha venido... No sé cómo: pero ha venido.

Y Lisa tenía razón en aquel momento, puesto que a la misma hora, en el palacio real, el Intendente daba cuenta de su viaje al Príncipe, diciéndole:

—He venido por los aires... en avión, Alteza.

—¿Buen viaje?—le preguntó el Príncipe.

—Menos el aterrizaje.

—¿Y el resultado?—le preguntó el Ministro de Hacienda.

—Espantoso—respondió el Intendente.

—¿Cómo dice?—le preguntó el Príncipe.

—¡Digo que lamentable!—respondió el Intendente, refiriéndose al aterrizaje.

—Me refiero a la cantante—volvió a decirle el Príncipe.

—¡Ah, magnífico!—exclamó el Intendente—. ¡Oh, Alteza!... ¡Maravillosa!... ¡Encantadora!... ¡Una figura... un talle... una picardía... un...

—¿Y las condiciones?—preguntó otra vez el Príncipe.

El Ministro de Estado, viendo lo alegre que estaba el Príncipe en

aquel instante, quiso aprovechar la ocasión y le presentó un decreto para que lo firmara, diciéndole:

—Es un presupuesto de Estado.

El Príncipe se volvió casi airadamente a él y le dijo:

—¿Un decreto?... Lo firmaré otro día...

Otra vez entabló conversación con el Intendente, e inquirió detalles de la cantante, preguntándole:

—¿Y cuándo llega?

—En el tren de las tres, Alteza.

Miró el Príncipe su reloj y exclamó:

—Entonces, llega dentro de unos minutos. Hay que ir a esperarla.

—No se apresure, Alteza—intervino el Ministro de Estado—. Nuestros trenes traen siempre dos horas de retraso.

—Entonces, ¿el tren de las tres es el tren de las cinco?

—Su Alteza lo ha adivinado—respondió, sonriendo, el Ministro.

Pero lo que el Ministro no podía suponer era lo que en aquel instante estaba pasando en la estación, y era que el novio de Lisa, o sea el jefe de estación, exclamaba, hablando por teléfono con la estación próxima, verdaderamente extrañado:

—¿Pero es posible?... ¿Que el tren de las tres llega hoy a las tres?

—Sí—le contestaron desde la

otra estación—. Hoy no lleva retraso.

—¡Es increíble!—exclamó el novio de Lisa—. ¿Qué ha ocurrido?

—Que la mujer del maquinista espera un bebé, y quiere estar en su casa para cuando llegue el momento de nacer.

Entretanto, el tren que llevaba a Ronny y Antón volaba hacia Perusa, mientras que el maquinista, pensando en el nacimiento de su hijo, iba forzando cada vez más la marcha, al mismo tiempo que murmuraba:

—Llegaré tarde... Llegaré tarde...

A las tres en punto, hacia su entrada en la estación el tren de las tres, o sea el que todos los días llegaba con dos horas de retraso.

Inmediatamente, el novio de Lisa se puso la gorra de jefe de estación y corrió a dar entrada al tren.

De uno de los vagones, descendió Ronny, y encarándose con él, le dijo:

—Necesito un mozo... Pero ¿en esta estación no hay mozos?

El jefe de la estación de Perusa, sin preocuparse de los viajeros, le preguntó al maquinista:

—¿Qué sabes del bebé?

—Nada—respondió el maquinista— Dame la salida, que llegaré tarde.

Y en cuanto sonó el pito, dan-

do la señal de marcha, emprendió otra vez una velocidad como nunca se había visto, y siguió diciéndose:

—Llegaré tarde... Llegaré tarde...

Ronny y Antón esperaron que el jefe de estación diese salida al tren para acercarse a él y decirle:

—Quisiéramos poner un telegrama a Viena.

—Pase usted al telégrafo—le respondió el novio de Lisa, indicándole la ventanilla de aquel servicio, mientras él echaba a correr, se cambiaba de gorra e iba a recoger el telegrama que querían enviar.

Una vez que hicieron esto, volvió a salir al andén, y Ronny, viéndose cargada con todos los bultos y sin un coche de que echar mano, le preguntó:

—¿No hay ningún coche?

—¿Cómo quiere usted que haya coches si el tren ha llegado sin retraso?

—¿Y un hotel, por aquí cerca?

—Eso sí. Pueden ir al Gallo de Oro. Es el mejor hotel y... el único.

—Pues entonces, elegimos ése, ¿eh?—exclamó Antón.

—No tenemos más remedio—respondió Ronny— Ocúpese de los equipajes. Nos encontraremos en el Gallo de Oro.

Y, cargada con su maleta, Ronny se vió forzada a seguir a pie el camino hasta el hotel.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Al llegar a la ciudad y cuando Ronny iba a atravesar la puerta de la misma, se vió de pronto acorralada por una manada de corderos. Procurando librarse de aquella avalancha que se le venía encima, saltó sobre una piedra, sin fijarse en que un joven la miraba y se sonreía al ver el miedo que demostraba.

Por fin, se acercó a ella, atraído por la belleza de la muchacha, y apartando a los corderos, la ayudó a bajar, a la vez que ella decía:

—¡Esto es un país salvaje!... Andan sueltas las fieras por la calle.

—¿Viene usted a Perusa como turista?—le preguntó el joven, que era precisamente el Príncipe, que había salido a dar un paseo.

Ronny sintió, sin saber por qué, una viva simpatía por aquel desconocido, y le respondió:

—Me trae una misión... delicadísima.

—¿Una misión?—le preguntó el Príncipe, extrañado.

—Sí... una misión de Estado.

Entonces, el Príncipe creyó adivinar de quién se trataba. Aquella muchacha era, sin duda, la cantante que había de actuar en su obra y pensó que el Intendente, no solamente no había exagerado al hablar de ella, sino que se había quedado corto en los elogios. Por más que intentaba recordar, el Príncipe se decía que jamás había visto un rostro de mujer más bonito que aquél, ni un cuerpo tan escultural como el de Ronny. Cada vez más interesado por ella, le preguntó:

—¿Esa misión es relacionada con el Príncipe?

—Lo ha adivinado usted—respondió, riendo, Ronny, y prendiendo aún más en sus encantos la voluntad del Príncipe.

—¿Conoce usted al Príncipe?—le preguntó éste.

—No lo he visto nunca... ¿Y usted le conoce?

—Un poco—replicó el Príncipe.—¿Y no podría yo conocer esa misión de Estado?

Ronny sonrió deliciosamente, y, amenazándole graciosamente con el dedo, le dijo:

—Es usted demasiado curioso... ¿Este es el camino de la ciudad, verdad?

—Sí, señorita—le contestó el Príncipe.

—¿Y me encontraré con más fieras?

—Si me permite que la acompañe, yo la defenderé de todo.

Antes de contestarle, Ronny se quedó mirando fijamente al Príncipe, y cada vez más entusiasmada de su compañía, hizo un gracioso movimiento con la cabeza, como indicándole que aceptaba su ofrecimiento. Mas al comenzar a andar, Ronny sintió que se le había soltado una liga, y le entregó la maleta y el paraguas al Príncipe, diciéndole:

—Coja esto, que tengo que hacer una cosa muy urgente.

El Príncipe tomó los chismes que le daba, y el lacayo se acercó inmediatamente a recogerlos, mas a una indicación del Príncipe tuvo que retirarse y dejar solo a su señor, quien de un golpe de vista, pudo convencerse de que la pantorrilla y el muslo de su bella cantante eran extraordinariamente hermosos.

Una vez que ella hubo terminado

de arreglarle la liga, tras unas matas, para impedir que alguien la viera, se acercó otra vez al Príncipe, quien le dijo, sonriendo:

—Si me deja leer en las líneas de sus manos, le diré qué ha venido a hacer en Perugia.

—¿A que no?—respondió riendo ella.—Aquí tiene usted mi mano.

El Príncipe la tomó entre las suyas, la acarició dulcemente y, por fin, empezó diciéndole:

—Viene usted de una gran ciudad... en el tren de las tres, que hoy ha llegado sin retraso.

—Es verdad—respondió ella, alegremente.

—Sueña usted con la gloria... con la fama...—siguió diciéndole el Príncipe.

—A que resulta que es usted adivino...—exclamó, riendo, Ronny.

El Príncipe continuó diciendo:

—Su misión la trae al teatro de la Corte... en relación con la opereta del Príncipe.

—Nada, lo que le he dicho. Si usted no es adivino, le falta poco.

Siguieron hacia la ciudad, hasta llegar a una de sus calles más céntricas, y Ronny le dijo:

—Verdaderamente, la impresión que hace Perugia al entrar no es la misma que se experimenta una vez dentro de la ciudad.

—¿Ya no le parece tan mala?

Antes de que la joven pudiera contestarle, pasó una sección de soldados con música, y Ronny vió sorprendida que todos saludaban a su acompañante, quien se había apresurado a dejar la maleta sobre el suelo.

—¿A quién saludan esos soldados?—preguntó Ronny, mirando a uno y otro lado.

—Al Príncipe—respondió éste.

—¿Dónde está?

El Príncipe sonrió ante la pregunta y, señalando a un escaparate donde había expuesto un retrato suyo, le dijo:

—Abí, en el escaparate.

Ronny miró hacia donde le indicaba el Príncipe, volvió otra vez la vista hacia él, hasta que por fin se convenció de que su acompañante era el mismo Príncipe en persona. Entonces, aturrida por el descubrimiento, tomó la maleta del suelo y echó a correr sin despedirse siquiera de quien tan galantemente la había acompañado.

El Príncipe, loco de alegría por el encuentro que había tenido, llegó a palacio en el momento en que el Intendente le decía al Ministro de Marina:

—¡Es espantoso, señor Ministro! ¡Todos nuestros planes frustrados!...

—¿Qué pasa?—preguntó el Ministro.

—¡Que la cantante resulta que no tiene voz!

—¡Es inaudito!—exclamó indignado el Ministro—. ¡Debió usted asegurarse de esa mujer!

—Yo le aseguro, señor Ministro, que me habían asegurado...—murmuró el Intendente disculpándose.

Mas el Ministro le atajó diciéndole:

—¡Lo que yo le aseguro es que no tiene usted su puesto seguro.

El pobre Intendente vió su destino en el aire, y le dijo, suplicante:

—¡Dios mío!... ¡Sería inhumano!... ¡cruel!... espantoso!...

Mas en aquel instante, llegó el Príncipe y, acercándose al Intendente, le dió cariñosamente una palmada en la espalda, al mismo tiempo que le decía:

—Enhorabuena, Intendente. ¡Ha hecho usted un descurrimiento sensacional!...

—¿Que yo...?—balbuceó el Intendente, creyendo que el Príncipe se había enterado ya de la falta de facultades de la cantante que había traído.

—Sí, hombre, sí—volvió a decirle el Príncipe—. ¡Estoy entusiasmado, loco!... ¡Es una mujer encantadora!... ¡Una mujer divina!... ¡Nunca hubiera soñado con una

mujer así! ¡Desde este momento, queda usted nombrado Intendente General!

Entró a sus habitaciones, dejando solos al Ministro y al Intendente, quien, sin poder ocultar su alegría, exclamó:

—¿Una mujer encantadora?... ¿Y la he descubierto yo?... ¿Quién será?

—Entérese usted y vaya a verla —le ordenó el Ministro.

—¡Pobre de mí si ese encanto no canta!—murmuró el Intendente, al mismo tiempo que corría para inquirir noticias acerca de aquella beldad que había visto el Príncipe y poderse poner en contacto con ella.

EN EL HOTEL «EL GALLO DE ORO»

Sin saber cómo, ni de qué forma, Ronny consiguió por fin llegar al hotel. Preguntó si había venido ya su compañero, y cuando le indicaron el número de la habitación, corrió presurosa para decirle lo que le había pasado.

La emoción que sentía en aquel instante era imposible describirla, y apenas entró donde estaba Antón, éste, que se fijó en el estado en que llegaba su compañera, le preguntó alarmado:

—¿Qué le ha pasado?

—He visto al Príncipe—respondió Ronny, y respirando dificultosamente a causa de su emoción.

—¿Y por eso viene tan emocionada?

—Es que he hablado con él—volvió a decirle ella.

—¿Ah, sí?—preguntó intrigado Antón, que nunca había visto a ningún Príncipe—. ¿Qué insignias llevaba?... ¿Una corona?... ¿Un cetro?...

—¿Un cetro?... Sí... mi paraguas—respondió, riendo, Ronny—. Por cierto que... no me lo ha devuelto...

Antón se echó a reír y exclamó:

—Pues no lo verá usted más...

¡Me apuesto la cabeza!

—¿Por qué?—preguntó Ronny.

—Porque los príncipes no suelen devolver nada.

Unos discretos golpecitos dados en la puerta, cortaron el diálogo de los dos compañeros, y Ronny gritó:

—¡Adelante!

Se abrió la puerta y apareció un criado del Príncipe, portador de un ramo de flores y del paraguas de Ronny, diciendo, a la vez que le entregaba las dos cosas:

—Su Alteza el Príncipe de Perusa invita a la insigne diva a tomar el té en Palacio.

—¿A la insigne diva?... ¿A mí?—preguntó, extrañada, Ronny, aunque, siguiendo lo que ella creía una broma, respondió—: ¡Mil gracias, y

digale que tengo el honor... de aceptar tanto honor.

El criado hizo un reverencioso saludo y salió de la habitación, al mismo tiempo que Ronny le decía a Antón:

—Ha perdido la cabeza.

—¿Quién, el Príncipe?

—No, usted.

—Yo, ¿por qué?

—Porque se la había apostado a que no me devolvería el paraguas, y ya ve cómo lo ha hecho. Es que este Príncipe no es como los demás. Este Príncipe debe ser muy diferente a todos. No sé cómo decirlo, pero creo que no puede haber otro tan simpático como él. ¡Qué lástima que sea Príncipe!

El Intendente ya se había enterado de todo lo referente a la mujer que había visto el Príncipe, y corrió al hotel «El Gallo de Oro», para preguntar por ella. La doncella, o sea Lisa, le dijo:

—Es el número 13, señor Intendente.

—¿El número 13?—exclamó desolado el Intendente, poseído por la superstición del número—. ¡Era lo único que me faltaba!

Subió, no obstante, a la habitación número 13, y al entrar en ella, Ronny lo reconoció y le dijo:

—Los trajes están ya en el teatro, señor Intendente.

—¿Cómo, usted?... ¡La señorita Ronny?

—Sí, soy yo... Parece que le extraña verme aquí...

—No es eso, señorita—siguió diciéndole el Intendente—. ¡Por favor, sálveme usted!... ¡Cante usted... o tendré que cantar yo!

—Si tanta prisa le corre, cantaré—respondió, sonriendo, Ronny, sin pensar lo que quería decir el Intendente.

Este quitó a Antón del sillón del piano y se sentó él para comenzar a teclear una canción, al mismo tiempo que indicaba a Ronny cómo debía cantarla.

La muchacha, creyendo que todo era una broma que se le quería gastar, repitió la canción, y lo hizo tan bien, que el Intendente exclamó entusiasmado:

—¡Magnífico!... ¡Usted hará lo que yo diga!... ¡Usted se cuidará de la obra!... ¡Estupendo!... ¡Estupendo!

Ronny ya empezaba a cansarse de aquella broma, y le preguntó, algo nerviosa:

—Pero ¿qué significa tanta admiración?

—¡Oh, mujer feliz!—exclamó el Intendente—. Queda usted contratada para estrenar la opereta del Príncipe.

—No diga disparates—respondió,

riendo, Ronny—. Ni yo soy diva, ni jamás he pisado un escenario.

—Eso no importa—volvió a decirle el intendente—. Usted será célebre, famosa... Usted será nuestra Pompadour.

—Ea que los trajes no están a su medida—intervino Antón.

Ronny, en vista de las súplicas del Intendente, se avino al final a estrenar la obra, y le respondió a su compañero:

—Todo se arreglará. La opereta se estrenará y me felicitará el Príncipe.

—Pues aquí tiene la partitura para que vaya aprendiéndosela—le dijo el Intendente, a la vez que le entregaba el libreto.

—No es necesario—respondióle Ronny—. La sé de memoria. La estudié para compenetrarme del carácter del vestuario.

—Entonces, mejor todavía—terminó diciendo el Intendente, al mismo tiempo que se despedía y murmuraba alegremente:

—¡La cara de idiota que va a poner el Ministro cuando lo sepa todo y la recompensa que yo me voy a ganar!

Cuando volvieron a quedar solos, Antón, que no salía de su asombro, le dijo a Ronny:

—Ese hombre debe estar loco y... usted también.

—¿Por qué?—preguntó, sonriendo, Ronny.

—Por las cosas que ha dicho. Es claro que usted no le habrá hecho caso.

—Ya lo creo que le he hecho caso y, además, voy a cantar la opereta.

—Piense bien lo que hace, Ronny—le aconsejó Antón—. Es una aventura que podría costarnos nuestros empleos.

—¡Valientes empleos!—respondióle, indiferentemente, Ronny—. ¡Para lo que valen!... ¡Estaría loca si desaprovechase esta ocasión.

—¿Cantará, entonces, la opereta?

—Naturalmente.

Antón, indignado ante lo que él juzgaba una desfachatez, respondió:

—Pues yo no asistiré a la representación.

—Ni falta que hará—respondió Ronny.

Llamaron a la puerta, y después de obtener el correspondiente permiso, entró Lisa, llevando una carpeta, un tintero y unos papeles.

—¿Qué es esto?—preguntó Ronny.

—Es para que tenga la bondad de llenar las hojas de hospedaje.

—Está bien—repuso Ronny, y, mirando a Antón al mismo tiempo que escribía, exclamó:

—Ronny... ¡Diva del Teatro de la Corte de Perugia!... Antón... empleado de comercio.

Pero Antón solamente se fijaba en lo bonita que era Lisa, quien a su vez lo miraba picarescamente, y acercándose a ella, le dijo:

—Espero verla más tarde, preciosa...

—Abajo, en el jardín, le aguardo —le respondió ella, en voz baja.

Y apenas salió, fué Antón en su busca. Se sentaron en un banco que había debajo del jardín, y él le dijo:

—¡Qué ojos más lindos tiene!

Pero sintió como si le cayera algo por la espalda, y al movimiento que hizo, ella le dijo:

—Será un pajarito.

—¡Qué mala educación tienen los pájaros en Perugia!

Pero ninguno de los dos se dió cuenta que desde el puentecillo, el jefe de la estación y novio de Lisa los estaba espiando. Ajenos a todo, él quiso dedicarle una canción y empezó a cantarle:

SI TU ME ADORAS

Antón.—Criatura deliciosa,
tu belleza me enloquece
apenas te vi, y parece
que eres de mi amor la
[diosa.

Lisa.—Esa llama que te quema
y enloquece de pasión
enciende también el fuego
en mi corazón.

Antón.—Si me adoras
y te adoro,
¿qué aguardamos,
mi tesoro?

Lisa.—En amante desvarío
van tu corazón y el mío
y la dicha, entre tus brazos
me ata ya con fuertes lazos.

Los dos.—Si me adoras
y te adoro,
¿qué aguardamos,
mi tesoro?

Al terminar la canción, cayó sobre ellos el novio de Lisa, y Antón, al verlo, no quiso meterse en líos y echó a correr, mientras que el jefe de estación le decía a su novia:

—¡Ah, pérfida!... ¿Cómo has podido engañarme... a mí?

—(Y por qué a ti no?)—preguntó burlescamente Lisa.

—Porque soy un funcionario público.

Y Lisa, para quitarle el mal humor, se puso a cantarle la misma canción que acababan de cantar ella y Antón.

LAS EXIGENCIAS DEL PROTOCOLO

Durante todo el resto del día, no pensó Ronny en otra cosa que en el momento de ir a palacio, para estar otra vez junto al Príncipe. Lo mismo le pasaba a éste, que aguardaba impaciente la hora señalada para recibir a Ronny. La belleza de Ronny había hecho tal impresión en el Príncipe, que no podía apartar de su mente el recuerdo de aquella joven, y mutuamente, sin que ellos mismos se dieran cuenta, sus corazones iban interesándose en un sentimiento que tenía de algo más que de una simple amistad.

Momentos antes de la hora del té llegó al hotel un carruaje de palacio para recoger a Ronny y llevarla. La muchacha, con una coquetería casi infantil, se puso el traje que mejor le sentaba, se acicaló con un esmero nunca hecho y cuando, después de mirarse varias veces al espejo, quedó satisfecha de su aspecto, salió para dirigirse a

palacio y asistir a la entrevista que le había solicitado el Príncipe.

Al llegar a la puerta de la real mansión, la esperaba el propio intendente para conducirla a las habitaciones del Príncipe.

Ronny, ante la magnificencia del Palacio, quedó detenida, como sobrecogida por tanto lujo. El Intendente la invitó a entrar y fué mostrándole las esculturas del pabellón de entrada, mientras le decía:

—El príncipe está entusiasmado con su actuación.

—Pero, ¿ya sabe que voy a cantar su opereta?—preguntó extrañada Ronny.

—Ya lo creo.

—¿Y está conforme?

—Está entusiasmado. Precisamente ha sido él quien ha sugerido la idea de que sea usted la que la cante.

Se hallaban entonces en el pabellón interior del Palacio, cuyas pa-

redes de mármol daban aún mayor realce a la magnificencia del lugar. Ronny iba mirando a uno y otro lado, como si temiera que de un instante a otro la echaran de allí.

En el centro de la estancia había un enorme caballo de mármol sobre el que figuraba un antiguo guerrero. La muchacha se detuvo junto a él para contemplarlo de cerca y pensó lo bien que debería vivirse en aquel palacio.

El Intendente la sacó de su ensimismamiento diciéndole:

—Subamos a las habitaciones de arriba.

La escalera, a derecha e izquierda era también de un aspecto imponente por su suntuosidad. Los metales de los barotes que la sostenían brillaban como si fuesen de oro, y Ronny, ante aquella ostentación, sentía un miedo terrible. Por otra parte el aire ceremonioso que había adoptado el Intendente la cohibía aún más y casi ya estaba arrepentida de haber aceptado la invitación del Príncipe.

Llegaron a la primera puerta que estaba cerrada y el Intendente llamó tres veces, a continuación se quedó mirando fijamente su reloj y Ronny le preguntó extrañada:

—¿Por qué no entramos?

—¡Un momento!—respondió el Intendente—. Hay que esperar tres

minutos. El protocolo lo manda así y hay que esperar minuto por minuto.

Cuando pasaron los tres minutos, el Intendente la introdujo en otra pieza magnífica y al llegar a la siguiente puerta repitió otra vez el protocolo y la espera, hasta que por fin le dijo:

—Espere usted aquí. Yo voy a avisar a Su Alteza el Príncipe su llegada.

En lo que no se había fijado Ronny era en que los tres ministros iban tras ellos procurando no ser vistos, al mismo tiempo que ellos pudieran ver a la muchacha. Al quedarse sola, su miedo fué mayor. Todas aquellas ceremonias que hacía el Intendente la intimidaban a más no poder y sintió deseos de huir lejos de allí, como si algún peligro oculto la amenazara.

Sin pensarlo más, salió de la habitación donde estaba, bajó rápidamente la escalera y ya en la planta baja, cuando iba a ganar la puerta, oyó que la llamaban.

Su corazón, más que sus oídos, oyeron la voz del Príncipe y se detuvo rápidamente, dándole tiempo a que él corriera adonde estaba ella.

El Príncipe la contempló extasiado. La presencia de la joven, vestida tal como iba, parecía más bien

la aparición de algo divino. El vestido blanco y el sombrero del mismo color hacían resaltar aún más el color de su rostro y el negro de sus ojos fascinadores, dejando entrever por debajo de las alas unos ricitos revoltosos que se entretenían en acariciar el rostro de su poseedora.

Ante el miedo que se reflejaba en Ronny, el Príncipe le preguntó sonriendo:

—¿Por qué huye usted? ¿Adónde iba?

Ronny se sintió más tranquila al lado del Príncipe y le confesó su miedo diciéndole:

—He pasado un miedo espantoso.

—¿De mí?—preguntó burlonamente el Príncipe.

—No... ¡Del protocolo!—respondió ella.

—Lleva razón—exclamó el Príncipe—. El protocolo es algo muy fastidioso. Yo también le tengo un pánico terrible. Me gustaría vivir en «El Gallo de Oro».

—¿Y por qué no vive usted?—preguntó extrañada Ronny—. ¿No es usted dueño de vivir a su gusto?

—Sí, pero tengo que obedecer a algo terrible.

—¿Algo terrible?

—Sí: la etiqueta.

Ronny hizo ademán de dirigirse hacia la calle y el Príncipe la detuvo diciéndole:

—¿Insiste usted en marcharse?... Acuérdesse que ha aceptado mi invitación.

Ella no tuvo fuerzas para negarse a la súplica de él y se dejó llevar hasta las habitaciones particulares del Príncipe.

Una vez allí, el Príncipe comenzó diciéndole:

—En cuanto la vi a usted, comprendí que era una gran artista.

—¿Lo comprendió en seguida?—preguntó ella sonriendo.

—Sí, no hay más que verla para comprenderlo. Mis esperanzas están puestas en usted. El triunfo o la catástrofe sólo dependen de usted.

—¿La catástrofe?—preguntó asustada Ronny—. Entonces me voy esta misma noche.

El Príncipe la miró amorosamente y le preguntó:

—¿Me abandonaría usted?

Más que la súplica, pudo la mirada de él. Ronny la sintió dentro del corazón, se sintió con fuerzas suficientes para arrostrar todos los peligros y sonriéndole dulcemente le respondió con energía:

—¡Nunca!... ¡Correremos juntos el peligro!

Mientras ellos hablaban, en la puerta, muy sigilosamente, estaban los ministros, esperando el resultado de la entrevista. Todos tenían puestas sus esperanzas en ella. Pen-

saban que si ella conseguía apoderarse de la voluntad del Príncipe y ellos de la voluntad de la joven, el triunfo de sus deseos estaba asegurado.

—¡Si quisiera secundarnos esa cantante!—exclamó el Ministro de Hacienda.

—Parece que a él le gusta—respondió el Ministro de Estado.

—Yo creo que de esta audiencia saldrá la salvación de la patria—dijo a su vez el de la Guerra.

Significaron esperando, mientras que dentro, Ronny le expresaba su temor al Príncipe diciéndole:

—¡Tengo un miedo!

—¿Miedo usted que está acostumbrada a los laureles del éxito? En todo caso el que debe tener miedo soy yo.

—Usted ¿por qué?—preguntó Ronny.

—Sencillamente, porque soy un debutante... ¡Acuérdese usted de su debut!

—¿De mi debut?—respondió Ronny, sin acordarse de que ella era una eminente diva.

Pero de pronto cayó en la cuenta y se apresuró a decir:

—¡Ah, sí!... ¡Por Dios, no me lo recuerde!

—Debe ser una tortura... Un verdadero suplicio—volvió a decir el Príncipe.

—Una tortura... Un suplicio—repitió Ronny.

—Cuando el público protesta... chillan... patean...

Ronny sintió correa por todo su cuerpo el escalofrío que debían producir aquellos silbidos y aquellas protestas. Mas de pronto tuvo un pensamiento, gracias al cual el fracaso se hacía imposible, y se lo expuso al Príncipe diciéndole:

—¡Tengo una idea! ¿Por qué no firma usted un decreto ordenando que aplaudan? ¡Sería un gran éxito!

—Pero no sería un éxito verdad—respondió el Príncipe—. Y yo quiero saber si mi obra gusta o no, y para eso no hay nada mejor que dejar al público en completa libertad de hacer lo que le venga en gana.

—Pero es que con ese pensamiento nos exponemos al pateo.

—Pues entonces no escribiré más música. Me declararé vencido en mi mayor afición.

La larga entrevista que sostenían llenó de curiosidad a los ministros que empezaron a mirar por el ojo de la cerradura, mientras que los otros dos le preguntaban al que había conseguido el puesto de observación:

—¿Qué hacen ahora?

—Se disponen a ensayar—respondió el que miraba.

En efecto, la conversación de los dos los había llevado a hablar del próximo ensayo, y el Príncipe, queriendo ganar el tiempo, le dijo:

—¿Quiere usted que ensayemos la escena final de amor?

—Creo que me la sé de memoria—respondió ella.

—A ver... Hagamos la prueba.

Ronny empezó a ensayar, pero el Príncipe la interrumpió diciéndole:

—Me parece que está usted algo afectada... Nada de eso. Hágalo con toda naturalidad, sin darle importancia... Así.

Y la obligó a sentarse. Luego continuó diciéndole:

—Inmediatamente llega él y se pone a cantar:

VUESTRAS PALABRAS SON FUEGO

Príncipe. Desde el instante que os vi
con fuerza latió mi corazón,
y se apoderó de mí
una volcánica pasión.

Ronny. También yo al veros sentí
una emoción sin igual,
y en seguida comprendí
que vos erais mi ideal.

Príncipe. ¡Oh, dulce y divino ardor,
fuego y gloria del amor!

Ronny. ¡Oh eterna y fecunda llama
que vivifica al que ama!

Príncipe. Vuestras palabras son fuego
repetídlas, yo os lo ruego,
que es su dulce melodía
la dicha y la gloria mía.

Y los ministros, locos de alegría al ver el camino que llevaba aquel asunto, se alejaron de la puerta y empezaron a bajar las escaleras mientras iban cantando:

CORO MINISTERIAL

¡Oh, deliciosa mujer,
nuestro instrumento podrá ser!

Ella sabrá defender
con sus mimos de mujer,
como otras reales amigas,
nuestros proyectos e intrigas.

Ya tenemos una Pompadour.
Una linda Pompadour.
Es deliciosa,
maravillosa,
es portentosa.

Desde esto día será
quien las leyes dictará...
claro que a nuestro dictado,
según hemos proyectado.

Ayudará nuestros planes,
colmará nuestros afanes,
y al Príncipe dominaremos
si a su Pompadour tenemos.

EMPIEZA EL AMOR

Después de aquella entrevista teñida en Palacio, Ronny quedó más encantada todavía del Príncipe. Aquél era el hombre con el que ella había soñado tantas veces. No precisamente porque fuese Príncipe, sino por él mismo. Hasta entonces Ronny, la graciosa chiquilla que alegraba el taller de los hermanos Eisenstein, no había sabido lo que era el amor y al sentirlo entonces, se entregaba a él ingenuamente, dejando en libertad su corazón, como si aquella pasión que el Príncipe hiciera nacer en ella fuese realizable.

Bien es verdad que cuando se ama no se piensa en diferencias de ninguna clase. El amor sólo ve el ser amado y lo despoja de todas las grandezas, así como lo despoja también de todas sus imperfecciones. Para Ronny no había más que amor hacia el Príncipe, un amor que no sabía si sería o no correspondido.

El Príncipe, por su parte, también estaba plenamente enamorado de Ronny. Cada hora que estaba separado de ella le parecía una eternidad y buscaba cuantos pretextos podía concebir para estar con ella.

Y mientras que el Príncipe y Ronny se sentían dichosos con aquella amistad, los ministros no podían ocultar su satisfacción, pensando que gracias a aquella mujer podrían ellos disponer del reino a su antojo y libre albedrío.

Pensaban que la poca edad de la muchacha serviría para que fuese más fácil la conquista de su voluntad, la que ellos sabrían ganarse por completo a fuerza de regalos y ofrecimientos.

Los ensayos continuaban cada vez con mayor aceleramiento, aunque podía advertirse en el Príncipe que ya no tenía tanta prisa como antes. Ahora, más que la obra, le entusiasmaba la cantante y tenía

que al terminarse las representaciones de su opereta, Ronny se marchase.

Pero mientras duraban los ensayos, el Príncipe y Ronny paseaban en las horas que tenía libres la muchacha y en aquellos paseos por los poéticos campos de Perusa se sentían los dos más unidos, más estrechamente ligados por un amor que ninguno era capaz de confesarlo.

El Príncipe temía que ella creyese falso, dada su jerarquía, el amor que pudiera él ofrecerle, y Ronny pensaba que para esposa del Príncipe era muy poca cosa una simple dibujante de modelos.

Mas así y todo, los dos se dejaban mecer en aquel dulce sueño, y muchas veces sus silencios eran como una declaración de la pasión que callaban sus corazones.

En toda la Corte empezó a murmurarse de esta amistad con la cantante, pero los ministros se cuidaron mucho de que tales murmuraciones no llegaran a oídos del Príncipe ni de Ronny. Para sus planes era conveniente que los dos se enamorasen mutuamente y principalmente el Príncipe, ya que estaban seguros de que ella no rechazaría las proposiciones que le harían.

Una vez, pasando por los alrededores de cierto palacio, Ronny no pudo contener la admiración que

le causó la belleza de aquel edificio y los jardines que lo rodeaban y le preguntó al Príncipe:

—¡Qué palacio más hermoso!... ¿De quién debe ser?

El Príncipe sonrió ante la pregunta de ella y le respondió:

—Este palacio tiene una historia.

—¿Una historia?

—Sí—volvió a decirle el Príncipe.

—Tiene una historia amorosa. Es muy antiguo.

—¿Y qué historia es esa?—preguntó curiosamente Ronny—. Debe ser muy interesante. A mí, todas las historias de amor me gustan mucho.

—Pues este palacio, desde hace dos generaciones, sirve para alojar a las amigas de los príncipes. En Perusa no se concibe un príncipe sin tener alguna amante. Se llama el palacio Monbijou.

—Entonces su amiga estará en él—preguntó nerviosamente Ronny.

—Ahora está desocupado—replicó sonriendo el Príncipe.

—¿Hace mucho tiempo?—inquirió ella más tranquila.

—Desde que soy Príncipe de Perusa.

—Entonces, ¿usted ha faltado a la tradición?—preguntó Ronny.

—Sí, he procurado huir del amor.

—¿No quiere usted amar?... ¿Por qué?

—Tal vez lleve usted razón—respondió ella—. Yo también siempre he pensado que el amor es algo sobrenatural, algo que no puede explicarse y solamente sentirse.

Los dos callaron, temiendo decir algo que no querían, y se miraron a los ojos, como si sus almas quisieran leerse mutuamente.

—Porque le tengo miedo como al protocolo y a la etiqueta. Los amores comprados no me seducen. Cuando yo ame será para una sola vez en la vida y a la mujer que por sí sola haya sabido conquistar mi amor. ¿No piensa usted lo mismo que yo?



Ronny, creadora
de los trajes de
la opereta del
Príncipe de Perusa





La noche del estreno,
el Príncipe de Persia,
entró en su camerino
radiante de satisfac-
ción.



¡Vista a la
derecha!



El príncipe visiblemente nervioso paseaba por los pasillos.



¿Conoce usted al príncipe?



En la llama de un
beso nos abrasa el
corazón.



- Lo firmaré
después.



Esperaban la llegada de la joven.



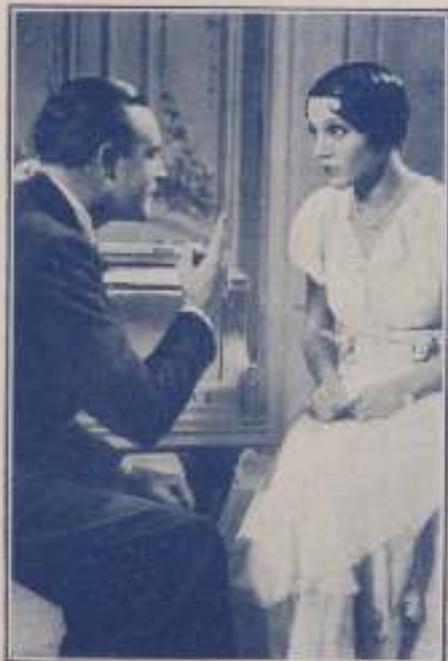
Al llegar a la puerta de la real mansión...



¿Queréis una Pompadour?
¿Una nueva Pompadour?



Correremos juntos
el peligro.



El lugar elegido
para la cena
era magnífico.



-Hágalo con toda
naturalidad.



- ¡Oh, habéis en-
vocado, Príncipe!



Buscaba cuantos
pretextos podía
concebir para es-
tar a su lado.

LA REPRESENTACION

Todo estaba preparado para el estreno de la obra. A esta primera representación solamente podía entrarse por invitación, según deseos del Príncipe, y ya puede suponerse que la más alta aristocracia de Perugia esperaba impaciente la noche de la función para poder formarse una idea de la aptitud del Príncipe como músico.

Y mientras tanto, Antón seguía en el hotel, esperando el día de la vuelta a Viena. Claro está que él tampoco perdía el tiempo. Lisa era una muchacha encantadora que sabía comprender la soledad en que se encontraba y procuraba con sus caricias y mimos alegrar la soledad del pobre Antón.

Para el empleado de la casa de modas, la vida en Perugia transcurría como una seda, y solamente una preocupación tenía en aquellos días y era la del debut de Ronny. Estaba convencido de que Ronny, como cantante, era un desastre, y

pensaba que el público, en cuanto la oyera cantar, protestaría con todas sus fuerzas. Y no era eso lo peor del caso, sino que sus jefes, cuando se enterasen del lío en que se había metido la joven, la pondrían de patitas en la calle, y a él también. La idea de perder el empleo no era muy halagüeña para Antón, y menos mal que de aquellos tristes pensamientos venía a distraerlo de cuando en cuando la preciosa Lisa.

Y como todo llega en esta vida, llegó también la noche en que había de celebrarse el estreno. La sala del Teatro de la Corte ofrecía un aspecto fantástico. Toda la nobleza se hallaba reunida allí, mientras que el Príncipe, visiblemente nervioso, pasaba por los pasillos, esperando el fallo del público.

Rápidamente quedó lleno el teatro y el Príncipe fué a sentarse en su palco, donde estaba también el Ministro de Hacienda.

Antón, a pesar de que había prometido a Ronny no asistir al estreno, su nerviosidad era tanta, que no se pudo quedar en el hotel, y se fué hacia el teatro. Vió las taquillas cerradas y pensando que, como compañero de Ronny tendría entrada libre al cocenarío, se dirigió a la puerta. Al llegar a ella, lo detuvo un empleado, diciéndole:

—No se puede pasar. Esta noche es por rigurosa invitación.

—Es que vengo a ver a Ronny.

—¿Quién es Ronny?—preguntó el empleado.

—Ronny, la cantante, la que va a estrenar la obra.

—¿Trae usted invitación?

Y ante el gesto negativo de Antón, volvió a decirle:

—Entonces no podrá usted pasar.

Pero Antón era uno de los que no se conforman tan fácilmente, y esperó un rato, hasta que en una distracción del empleado, se coló dentro del escenario en busca de Ronny. Si nervioso estaba el Príncipe, no lo estaba menos la joven. Para ella, el triunfo de la obra era más que su mismo triunfo. Pensaba en las ilusiones que el Príncipe tenía puestas en ella, y pensaba

también que si por causa suya la obra no gustaba, se acarrearía la enemistad del Príncipe.

Mientras la vestían, iba de un lado a otro de su camerino sin poder contener sus nervios, se miraba al espejo maquinalmente, sin detenerse a fijarse si el vestido le caía bien o no. Sin embargo, si ella no se hubiera encontrado en aquel estado y se hubiese fijado en su persona, no habría podido menos que pensar que con aquella cara y con aquel cuerpo no había artista que fracasase.

Llegó el momento de empezar la función y la orquesta comenzó a tocar una sinfonía. Se hizo un silencio sepulcral en toda la sala, en tanto que el Príncipe seguía con interés todo el desarrollo de aquella primera parte musical.

Se acercó al Ministro de Hacienda para preguntarle su opinión, y vió que estaba dormido. Sin querer despertarlo, pensando que era un pobre viejo, salió del palco y empezó sus paseos por los pasillos. No tenía ánimos para presenciar la representación desde el palco.

Los lacayos que estaban alineados en el pasillo lo miraban extrañados, mientras él seguía fumando cigarillo tras cigarillo.

LA IMPRUDENCIA DE ANTON

Como ya hemos dicho, Antón consiguió entrar en el escenario, pero lo que no consiguió fué descubrir el cuarto donde estaba Ronny. Los empleados del escenario, al ver allí a un desconocido, lo miraban extrañados, hasta que el jefe de ellos se le acercó para preguntarle:

—¿Quién es usted?

—Soy el compañero de Ronny—respondió Antón.

—¡Aquí no hay compañero que valga!—exclamó el jefe de los tramoyistas—. ¡Salga usted inmediatamente!

—¿Sin ver a Ronny?—exclamó él—. ¡Me parece que usted se equivoca!

—¿Cómo que me equivoco?... ¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Pues, sencillamente, que no me voy hasta verla.

—Es que aquí no pueden estar más que los que tienen un sitio de-

terminado. Usted aquí no hace más que molestar.

—Más me está usted molestando y todavía no se lo he dicho. De forma que estamos en paz.

—Pues ya verá usted cómo lo echan—exclamó, al fin, el jefe.

Y fué en busca de un hombreo del teatro para que, como autoridad, arrojase del escenario a aquel intruso que se había colado.

Pero ni ante esta actitud se arredó Antón, sino que esperó al hombreo, que llegó inmediatamente, diciéndole:

—¡Márchese usted!

—Ya he dicho que no me voy, como no me echen a la fuerza.

—Pues yo le echaré a la fuerza—exclamó el hombreo.

—Pruébelo—respondió Antón.

No esperó más el representante de la autoridad para agarrarlo y pretender sacarlo a empujones, y lo que resultó de esta actitud fué que

entre los dos se entabló una lucha a brazo partido, amenazando con salir del escenario los dos rodando por el suelo.

Afortunadamente para el espectáculo, Antón perdió pie y cayó dentro del montacarga que servía para subir los decorados del foso, y al verse en aquella angustiosa situación, sin que nadie viniera en su auxilio, empezó a gritar.

—¡Socorro!... ¡Socorro!

Pero sus voces se perdían en el sótano, y entonces pensó en otro medio para llamar la atención y que viniesen en su busca.

Sacó de uno de sus bolsillos un pito y empezó a silbar estruendosamente.

El Príncipe, al oír el silbido, cam-

bió de color. Pensó que aquellos silbidos iban dirigidos a su obra, y su nerviosidad aumentó más todavía. ¿Si aquello era al principio de la obra, qué no sería al final—pensaba interiormente, mientras proseguía en sus paseos, ante los lacayos, que no paraban de hacer reverencias cada vez que el Príncipe cruzaba junto a ellos.

Mas, con gran sorpresa suya, oyó que al final del primer acto sonaron muchos aplausos y pensó amargamente que aquellos aplausos serían de sus amigos, mientras que los otros no se atrevían a protestar. El fracaso de la obra se preveía y hasta la ilusión que tenía de que el segundo acto lograría hacer reaccionar al público, iba también perdiéndola.

EL EXITO

La escena del segundo acto representaba una gran figura de porcelana. En las faldas que la cubrían servían de adornos varias parejas vestidas de igual forma, que eran las bailarinas que luego tendrían que bailar, mientras que Ronny cantaba. La cabeza de la muñeca la representaba Ronny, con igual vestido que todas y acompañada por el tenor.

Al levantarse el telón, la impresión que causó la maravillosa presentación fué excelente, y se oyó ese murmullo de aprobación que suele seguir siempre en cada cuadro cuando el mérito de éste hace admirar al público.

Empezó la música a tocar, y todos prestaron atención a la actuación de aquella eminente diya, de

la que decían no había otra comparable con ella.

Ronny y su compañero de teatro bajaron los escalones hasta llegar cerca de la batería, y la muchacha, con voz deliciosa, sin que en nada se notase la emoción que la embargaba, empezó la canción, que decía:

FIGULINA

Tenor.—Figulina bella y fina
que encendéis así mi
[amor,
sois mi cielo
y es mi anhelo
besar vuestra boca en flor.

Ronny.—Caballero, yo no quiero
vuestras frases escuchar,
que es amor impetuoso

y es un juego peligroso,
al que no quiero jugar.
Yo os lo ruego,
de ese fuego
no os queméis en la ilu-
sión.

Que es amor niño travieso
y en la llama de su beso
nos abrasa el corazón.

Al terminar la canción, una salva de aplausos premió la labor de Ronny. Se vió precisada a repetir la canción, y otra vez el público le tributó una ovación ensordecedora. Los concurrentes no se cansaban de aplaudir, y a partir de aquel momento, toda la representación de la obra transcurrió en una continua ovación, que se acentuó más al terminar. El auditorio, puesto en pie, aclamaba a la cantante y al augusto compositor, quien visiblemente emocionado, saludaba sonriendo a las aclamaciones que el público le tributaba, pensando que mucha parte del éxito de su obra la había tenido Ronny, por la forma admirable en que había cantado la romanza.

También Antón quería asociarse a los aplausos del público, y no viendo la manera de salir de allí, se dirigió hacia donde supuso que estaría la concha. Pero antes de llegar a ella, descubrió dos formida-

bles pantorrillas, que parecían cinceladas a buril y que pertenecían a la apuntadora.

Se entretuvo en la contemplación de aquellas dos maravillas, porque hay que hacer constar que Antón era ante todo un gran admirador de las obras esculturales.

Cuando hubo satisfecho su curiosidad, intentó sacar la cabeza por la concha, y la apuntadora dió un grito espantoso, que, afortunadamente, no se pudo oír en el teatro, por el ruido de los aplausos.

—No se asuste, preciosa—le dijo Antón, tranquilizándola.

—¿Quién es usted?—preguntó ella, algo más tranquila, ante el tono del joven.

—Soy un admirador de Ronny, y como el único medio de poderla aplaudir es éste, he tenido que aceptarlo, aunque no sea muy de mi agrado.

Tranquilizada por completo la joven apuntadora, dejó que Antón aplaudiese a su gusto, hasta que se hubo retirado Ronny de la escena.

Inmediatamente, abandonó Antón su puesto y corrió de un lado a otro del sótano, hasta que consiguió dar con la salida. Todo su afán era encontrar a Ronny antes de que llegara a su camerino y se le perdiera otra vez. Subió rápidamen-

te las escaleras y encontró a la joven, que se dirigía a su cuarto. Sin pensar en nada y dejándose llevar por su entusiasmo, la abrazó, al mismo tiempo que le decía:

—¡Ha estado usted estupenda!... ¡Admirable!... ¿Quién iba a pensar que era usted una cantante tan enorme?

—¿Le ha gustado?—preguntó ella, sonriendo satisfecha.

—¡Ya lo creo!... No cabe duda que es usted una diva... Me parece que de cantante tendría usted más éxito que de dibujante.

—Gracias, Antón—respondió la joven—. Ahora me voy a desnudar para volver al hotel.

—Yo la esperaré hasta que salga—le dijo Antón, mientras ella subía las escaleras que conducían a su camerino, seguida de una pléyade de admiradores, que apenas si le dejaban lugar para andar.

Y mientras tanto, en los pasillos del teatro y en la sala, el público que iba desfilando comentaba con grandes elogios, tanto la labor de la artista como los méritos de la obra del Príncipe.

No había duda que el éxito había sido definitivo, rotundo, y el Príncipe se hallaba tan emocionado que apenas si se daba cuenta de las felicitaciones que recibía de todos

los que habían asistido al acto.

Antón tenía grandes deseos de conocer al Príncipe, y pensó que ninguna ocasión mejor que aquélla se le presentaría para poder hablar con él. La emoción del momento y su título de compañero de Ronny le facilitaban el camino para poder llegar hasta Su Alteza. Con esa decisión que era su característica, fué a buscarlo y lo felicitó, diciéndole:

—Mi más emotiva y humilde enhorabuena, Alteza. Su éxito ha sido definitivo, inigualable.

—Gracias, muchas gracias—respondió el Príncipe, fijándose en él. —¿Usted ha asistido a la representación?

—Desde luego.

—No recuerdo en este momento su nombre—volvió a decirle el Príncipe.

—Es difícil que se acuerde, porque nunca me ha visto. Yo soy el compañero de Ronny. Soy su inseparable: sus alegrías son las mías, como mis penas son las suyas. Nos queremos como si fuéramos dos hermanos. Cualquiera cosa que me suceda a mí, la siente ella como si le sucediese a ella misma.

—Pues, entonces, voy a principiar complaciéndola, nombrándole a usted Caballero de Perusa.

—Gracias, Alteza. Créame que

estoy verdaderamente emocionado con esa prueba de bondad.

El Príncipe llamó al Ministro de Estado y le dió la orden para que Antón fuese condecorado con la insignia de Caballero de Perusa.

Y cuando se decidía a ir al camerino de Ronny para felicitarla, varios nobles se apoderaron del Príncipe y se lo llevaron para felicitarle entusiastamente.

PROPOSICIONES MINISTERIALES

El éxito de la obra y el éxito de Ronny eran dos acontecimientos de tal gravedad y de tanta importancia en la vida de Perusa, que los ministros creyeron ineludible el tener que reunirse en Consejo, para tratar del asunto que tanto les interesaba.

El Ministro de Estado comenzó diciendo a sus compañeros:

—Ya habréis visto que el éxito de esa joven ha sido inmenso, tanto o más que el de la obra. Su Alteza está locamente enamorado de ella, y nosotros debemos de aprovechar el momento para bien de la patria y... para el nuestro.

—Opino lo mismo—respondió el Ministro de la Guerra—. Esa mujer nos es imprescindible y tenemos que tenerla de nuestra parte, sea como sea.

—Indudablemente, ha sido una suerte encontrarla—replicó el Ministro de Hacienda.

El Ministro de Estado sonrió burlescamente y respondió:

—Todo eso lo prevía ya, y por consiguiente, he dado las órdenes para que el palacio de Monbijou esté preparado para la cena de esta noche.

—Sois un gran diplomático, señor Ministro de Estado—exclamó el de la Guerra.

—Y ahora, manos a la obra—terminó diciendo el Ministro de Estado—. Voy a ver a esa mujer antes de que se vaya del teatro.

Salió en busca de Ronny y la encontró en el camerino, empezando ya a vestirse para salir. Al ver la joven que se trataba del Ministro de Estado, le permitió la entrada, y el político, en cuanto estuvo en su presencia, le besó reverenciosamente la mano, al mismo tiempo que le decía:

—Concédame el honor de ser el primero en felicitarla. ¡Ha hecho usted una gran creación!

—¿Cree usted que le habrá gustado al Príncipe mi trabajo?—le preguntó ella, sonriendo.

—No le quepa duda, y como demostración de ello, mire usted.

Y le entregó una magnífica sortija con un rubí en el centro y rodeada de brillantes. La joya, no solamente era de gran valor, sino que también de un gusto exquisito, Ronny, mujer al fin, se la puso entusiasmada y alabó el gusto del Príncipe por el obsequio que se había dignado ofrecerle.

—Esto no es más que el principio—respondió el Ministro de Estado—. Vuestras antecesoras tuvieron palacios... carruajes... joyas...

—¿Mis antecesoras?—preguntó, extrañada, Ronny, sin poder comprender el sentido de las palabras del Ministro—. ¿Eran... cantantes, también?

El Ministro sonrió picarescamente, y respondió, al mismo tiempo que hacía un gesto comprensivo:

—No, no eran cantantes... Eran las amantes de nuestros soberanos...

—¿Las amantes?—preguntó Ronny, empezando a comprender.

—Naturalmente—le respondió el Ministro—. ¡Usted puede llegar a ser la mujer más envidiada de Persia!

Ronny no pudo contener su indignación y exclamó airadamente:

—¿Qué es lo que se han propuesto ustedes?... ¿Qué es lo que esperan de mí?

El Ministro, sin darle importancia a la indignación de la joven, y creyendo que le hacía un gran honor, volvió a decirle:

—¿Qué quiere usted que esperemos?... Lo que se puede esperar de una mujer bonita y precavida.

—¡Pues están ustedes muy equivocados!—volvió a decirle Ronny.

—Yo no soy lo que se piensan, y esas ofertas me ofenden y avergüenzan.

Para mayor abundamiento, en aquel instante entró el Intendente General y acercándose a la joven, le dijo:

—¡Su Alteza está radiante de alegría!... ¡Me ha nombrado Caballero de la Instrucción Lfrica!... ¡Una nueva condecoración creada expresamente para mí!... ¡Ha sido usted mi gran descubrimiento!

Ronny miraba a uno y a otro, sin saber cuál de los dos era más cínico y sin tener palabras suficientes para echarles en cara su falta de consideración a una mujer como ella era.

Pero el Intendente, que no se daba cuenta del estado de indignación en que se hallaba la joven, siguió diciéndole:

—¡Queda usted contratada para toda la vida!

—¿Sí, eh?—preguntó, irónicamente, ella.

—Usted misma pondrá el sueldo que quiera ganar.

—Lo siento—respondió Ronny—, pero no me convienen sus condiciones.

—Yo lo arreglaré todo con su director.

—Ya le he dicho que es inútil—exclamó azudamente Ronny—. Hagan el favor de marcharse y dejarme sola. ¡Necesito estar sola!

Salió el Intendente, y el Ministro le dijo al despedirse:

—Su Alteza ha dispuesto un palacio para usted... ¡Un pequeño paraíso!... ¡El palacio de Monbijou!... Esta noche la espera en él para cenar.

—¡Márchese!—gritó, fuera de sí, Ronny.

Y al quedar sola, sin poder contener su desconuelo por el golpe tan terrible que recibía su amor, se echó a llorar amargamente.

Ronny estaba convencida de que todas aquellas proposiciones habían sido hechas de acuerdo con el Príncipe, y la idolatría que hasta entonces sintió por él vino al suelo, trocándose en un gran desprecio. Ella que le había creído el mejor caballero del mundo, lo veía ahora como un hombre grosero, vulgar, antipático, que sólo buscaba de ella su cuerpo, sin pensar en el alma.

Esta idea la indignaba, el que el

Príncipe la creyese una mujer vulgar, una mujer cualquiera a la que es fácil comprar con joyas y palacios, era para la pobre enamorada un dolor inconsolable.

Y mientras que ella lloraba su gran desilusión, Antón celebraba con los criados del Príncipe su nombramiento de Caballero de Perusa, en el ambigú del mismo teatro.

Habían vaciado ya varias botellas de champaña que Antón ordenó que cargaran a la cuenta del Príncipe, y ofreciendo más copas a los criados, les decía, medio embriagado:

—Estoy emocionado... enternecido... esta condecoración... vuestras palabras... ¡Bebed a la salud de Antón, Caballero de Perusa!...

Y siguió libando alegremente, hasta que se quedó solo en el teatro y no tuvo más remedio que volver hacia el hotel, donde suponía que lo esperaba Ronny.

Al entrar en él, vió a la joven removiendo el equipaje, y le dijo, alegremente:

—¡Ha sido una noche de triunfo para usted, señorita Ronny!

—Diga más bien que esta noche ha sido la de mi mayor fracaso.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Antón—. Yo lo sé todo, me lo han contado en el teatro. Sé que le ofrecen un contrato para toda la

vida, con un sueldo enorme. ¡Qué suerte la de usted!... Lo único que me spona es tenerme que marchar. Aquí se vive muy bien.

—Pues nos marchamos los dos, Antón—respondió Ronny—. Yo me marcho esta noche con usted... Volvemos otra vez a nuestro trabajo, a nuestro taller, de donde no debíamos haber salido nunca.

Las palabras de Ronny causaban en Antón una viva extrañeza. No podía comprender el joven el porqué de aquella súbita determinación, y le preguntó:

—¿Y el contrato?

—Lo he rechazado—respondióle ella.

—¿Y el palacio que ponen a su disposición?

—También lo he rechazado—exclamó Ronny, cada vez más indignada al recordar las vergonzosas proposiciones que le habían hecho.

—Entonces, ¿está decidida a marcharse?

—¡Sí; que lleven mis equipajes a la estación!

—Pero, señorita Ronny—le aconsejó Antón—, usted no puede ni

debe desperdiciar una ocasión así.

—Pues si no quiere usted venirse, me iré yo sola—exclamó la muchacha.

—Pero, por lo menos, debe usted despedirse.

—¿Despedirme?... ¿De quién?

—Del Príncipe, de los ministros, de la Corte, que tanto esperaba de usted.

Ronny quedó un instante parada. De pronto tuvo una idea: pensó en vengarse de toda aquella gente, echándole en cara su proceder, y exclamó:

—¡Algo esperaban, sí...! Pues bien... ¡Me despediré!

—Eso es lo prudente—replicó Antón.

—¡Me oirán todos!... ¡Los ministros!... ¡El Príncipe!... ¡Ahora sabrán quién es una moderna Pompadour!

Y con la misma presteza que había hecho su equipaje, lo deshizo nuevamente para buscar un traje que ponerse, con el fin de asistir a la cena en el palacio de Monbijou.

EN EL PALACIO MONBIJOU

El palacio Monbijou era, como había dicho el Ministro, un paraíso. Nada podía encontrarse más poético ni más bello. Su emplazamiento había sido hecho en las afueras de la ciudad, y se hallaba rodeado de jardines frondosos, cuyas flores perfumaban embriagadamente el ambiente.

En varias de las plazoletas formadas por macizos de plantas, de las más diversas especies, unos pequeños lagos de aguas plateadas servían de espejo immaculado donde se reflejaba burlescamente la luna y por los que corrían, con el orgullo propio de su estirpe, blanquísimos cisnes.

En el palacio Monbijou todo era maravilloso, exquisito, de una refinada coquetería y de un lujo fantástico. Indudablemente, el soberano que mandó hacer aquella man-

sión debió inspirarse en algún cuento de hadas, para que en su imaginación se formase aquella idea hasta conseguir darle forma real.

El edificio estaba enclavado en el centro de los jardines y se llegaba a él descendiendo por una amplia escalera de mármol, desde cuya altura podía abarcarse plenamente todo el recinto y darse una idea aproximada de la belleza del lugar.

De entre los árboles, prendidas en sus hojas, miles de lucecillas le daban su luz, pero una luz difusa, opaca, como si el ensueño fuese a deshacerse con los rayos de una fuerte iluminación.

En la parte inferior de la escalera, dos grandes focos eran los que sobresalían sobre todo el resto del jardín, haciendo más fantástica la entrada a él.

El Ministro de Estado era un hombre diligente, y no había perdido el tiempo. Durante todo el día, había cuidado de que nada faltase en el palacio de Monbijou y había invitado a muchas personalidades de la Corte para que rindiesen pleitesía a la nueva Pompadour. Todo detalle, por nimio que pudiese parecer, había sido objeto de especial cuidado por parte del Ministro, y para dar aun más verisimilitud a aquel pequeño Versalles, había ordenado que los criados que habían de recibir a Ronny en la gran escalinata fuesen niñas vestidas de pajes.

Cuando lo dejó todo a punto, fué en busca del Príncipe, a quien le dijo:

—He reservado a Su Alteza, para este momento, una gran alegría.

—Nunca podrá ofrecermé tanta como la experimento después del triunfo de mi obra—respondió el Príncipe.

—Estoy seguro de que será aún mayor ésta.

—¿De qué se trata?—preguntó, intrigado, el Príncipe.

—Se trata de una fiesta para celebrar el éxito.

—¿Una fiesta?... ¿Dónde?

—En el lugar más romántico de Perusa... Donde la poesía es amor y el amor es poesía.

El Príncipe se quedó mirando extrañado al Ministro, y al fin respondió:

—No le comprendo.

—Si Su Alteza tiene la bondad de acompañarme, por el trayecto le iré dando una explicación de todo.

—Me han intrigado sus palabras—respondió el Príncipe—. Vamos donde sea.

Salieron de palacio y montaron en el coche que los esperaba en la puerta. Una vez puestos en marcha, el Príncipe volvió a preguntarle:

—¿Dónde vamos?

—A Monbijou—respondió el Ministro.

—¿A Monbijou?—inquirió, extrañado, el Príncipe.

—Exactamente.

—¿Y qué vamos a hacer en Monbijou?... ¿Cómo se os ha ocurrido celebrar una fiesta en ese palacio?

—Precisamente, porque ese palacio es el del amor—replicó el Ministro.

—¿Y qué tengo yo que ver con que ese palacio sea el del amor?

—Se lo explicaré claramente a Su Alteza—siguió diciéndole el Ministro—. Esta noche cenará Vuestra Alteza con una mujer encantadora... con una mujer deliciosa.

—No me interesa esa cena—respondió, displicente, el Príncipe.

—Cuando os diga el nombre de ella, estoy seguro de que cambiaréis de parecer... Se llama... Ronny.

El Príncipe no pudo evitar un movimiento de sorpresa. Sintió un gran desconsuelo al oír el nombre de quien tanto amaba. Hasta entonces, había creído a Ronny muy diferente a todas las demás mujeres. Creía, y casi estaba seguro de ello, que para Ronny de nada servían los títulos de nobleza, ni las dádivas; pensaba que ella amaba el amor por sí mismo, sin pensar en conveniencias de ningún género. No pudo menos que expresar su pensamiento, y le dijo al Ministro:

—¿Ronny?... ¡En Monbijou!... ¿Y... ha aceptado ella?

Ella no ha aceptado nada—respondió el Ministro—. Ha sido un acuerdo solemne del Consejo de Ministros.

—Pero eso es imposible—exclamó el Príncipe—. Yo no creo que Ronny acepte esa cena...

—¿Por qué?—preguntó el Ministro.

—Porque Ronny es diferente a todas las demás mujeres. Ronny es una mujercita seria, una muchacha formal, y no puede aceptar lo que para ella sería una ofensa.

—¡Bah! ¡bah!—murmuró el Ministro—. Todas las mujeres sienten gran predilección por las joyas y los palacios... ¿Por qué Ronny había de ser diferente a las demás?

—¡Os prohibo que habléis así de ella!—exclamó el Príncipe—. Yo no puedo creer vuestras palabras.

—Ya tendrá Su Alteza ocasión de creerlas... He de decirle que Ronny ha venido... que está ya en Monbijou... Y que ha aceptado el ofrecimiento de la cena...

El Príncipe calló sin saber qué contestar a aquella afirmación del Ministro, y pensó que lo mejor sería ver a Ronny, para salir de dudas de una vez.

En el jardín central, al que conducía la gran escalinata que servía de entrada al palacio de Monbijou, todos los nuevos satélites que esperaban adherirse a Ronny para conseguir su amistad y con ella satisfacer su ambición, esperaban la llegada de la joven, hasta que por fin apareció ésta.

Vestía un magnífico traje de terciopelo negro, que hacía resaltar aún más la blancura de su piel, dejando al descubierto la espalda y los brazos.

Al aparecer en la parte superior de la escalinata, todos gritaron, saludándola:

—¡Viva la nueva Pompadour!

Ella sonrió, pensando en lo que iba a decirles.

—¡Viva la gran diva!—exclamaron otros.

Y Ronny pensó que, ya que la trataban como una nueva Pompadour y como una gran diva, lo mejor sería decirles cantando todo lo que pensaba de ellos.

Por lo mismo, al tiempo que iba bajando la escalinata, empezó a cantarles:

UNA POMPADOUR

¿Queráis una Pompadour?

¿Una linda Pompadour?

¿Os parezco bien tal como soy?

¿Queréis saber también qué es lo
[que doy?

¿Queréis mi protección
para intrigar?

¿Con mi corazón
queréis comerciar?

¿Os gustará
la nueva Pompadour?

El Príncipe, que había llegado, desde lejos, contempló la escena e indignado por la presencia allí de Ronny, llamó a su ayudante, y le ordenó:

—¡Que esa señorita salga hoy mismo de Perusa!

—Serán cumplidas vuestras órdenes, Alteza—respondió el ayudante, saliendo para reunir a los soldados que habían de cumplir la orden del Príncipe.

Al terminar de cantar, se acercó el Ministro de Hacienda a Ronny, y a la vez que la conducía por los jardines de palacio, le dijo:

—Su suerte está hecha, señorita.

—¿Lo cree usted así?—preguntó ella, mirándole burlescamente.

—No cabe duda—respondió él—. Desde esta noche, será usted la mujer envidiada de todo Perusa.

—¿Y a qué se deberá tanto honor?—preguntó ella, irónicamente.

—A la bondad del Príncipe—respondió el Ministro.

—¿Piensa el Príncipe protegerme?

—Desde luego. Su Alteza está locamente enamorado de usted, aunque, a decir verdad, sin ser Príncipe, cualquiera lo estaría también.

—Muy galantes sus palabras—le respondió ella.

—¿Supongo que será usted a'linda nuestra?

—No le quepa duda—respondió, sonriendo Ronny, mientras que interiormente la indignación apenas si podía contenerse.

El Ministro de Hacienda, como hombre práctico y acostumbrado a los negocios de su Ministerio, volvió a decirle:

—Desde luego, sabremos corresponder.

Y para demostrarlo más realmente, sacó la cartera, y de ella, el talonario de cheques, extendiendo uno a nombre de Ronny.

Esta le dejó hacer tranquilamente y cuando hubo terminado de extenderlo, llamó a Antón, que la había acompañado hasta allí, y le dijo:

—Antón, el señor Ministro le regala este cheque.

—Muchas gracias, señor Ministro—exclamó Antón, guardándose el cheque, después de mirar la cantidad señalada en él.

El Ministro de Hacienda, satisfecho porque creía que Ronny le había aceptado el cheque, se despidió de ella al ver que el Ministro de la Guerra se acercaba, con el fin de dejarle el terreno libre a su compañero para que pudiese hablar con Ronny.

Se acercó a ella el Ministro de la Guerra y la saludó, diciéndole a continuación:

—Perdóneme que las ocupaciones de mi cargo no me hayan permitido hasta ahora el felicitarla por su triunfo de esta noche.

—¿A qué triunfo se refiere usted?—preguntó ella burlescamente.

—Al obtenido en el testro.

—Si es a ése, se lo agradezco—respondió Ronny.

—Ha sido un éxito clamoroso—insistió el Ministro—. Todo el mundo habla de él, y debe usted pensar que la suerte de Perusa está en sus manos.

—¿En mis manos?... No le comprendo... ¿En qué puedo yo influir para hacer la suerte de Perusa...?

—Puede influir sobre el Príncipe—le dijo el Ministro.

—¿Y cree usted que el Príncipe se dejará influenciar por mí?

—¡Si usted se lo pide...!

—¿Accederá?

—No hay duda—respondió categóricamente el Ministro.

—¿Y en qué funda usted esa afirmación?—preguntó ella.

—Sencillamente, en el afecto del Príncipe.

—Siempre creí que el Príncipe amaba a Perusa...

—Pero en este caso se trata de otro amor... de otra cosa...

—No le entiendo...

—Pues es raro—respondió el Ministro, con esa franqueza propia de quien está más acostumbrado a las armas que a las intrigas de la Corte.

—Le ruego que sea más explícito—le dijo ella.

—Yo creía que con una leve indicación, tratándose de una mujer comprensiva... inteligente... como lo es usted...

—Pues ya ve que su opinión sobre mis facultades intelectuales ha sufrido un gran fracaso... Tengo que declararle que no sé todavía lo que se propone.

—Bien sabe usted, como lo sabe todo Perusa, que el Príncipe está enamorado de usted, y un hombre enamorado es un hombre sin voluntad... Es decir, sin más voluntad que la de ella...

—¿Que en este caso soy yo?—preguntó Ronny.

—Desde luego, y por eso... yo me permitiría rogarle que cuando hable con el Príncipe, se digne aconsejarle en mi favor...

—¡Ah, vamos! ¡Usted quiere que el Príncipe haga lo que yo desee, que será lo mismo que lo que usted me proponga, verdad?

—¡Admirable!—exclamó el Ministro—. ¡Me ha comprendido usted admirablemente!... ¡Ya decía yo que usted era una mujer inteligente!... ¿Ve cómo no me he engañado?

—Sí, sí—murmuró Ronny.

—Claro está que yo no seré desagradecido ante su protección...

Sabré colmar sus deseos... sabré...

—Pagarme. ¿no es cierto?—preguntó Ronny, a quien ya se le había acabado la paciencia.

—Nada de pagos—se apresuró a decir el Ministro—. Se trata solamente de un pequeño obsequio, de una cosa insignificante... Usted misma lo verá.

Sacó otro talonario de cheques y llenó uno a nombre de Ronny. Lo cogió ésta y llamó nuevamente a Antón, a quien le entregó el cheque, diciéndole:

—Dé las gracias al señor Ministro, Antón. El corresponde a sus molestias con este cheque...

—Encantado, señor Ministro—exclamó Antón, pensando interiormente en lo prodigiosos que eran en aquel país los ministros, a diferencia del suyo, que cuando había algo que dar con la mano derecha, ya preparaban ellos la izquierda para llevarselo, o a la inversa, si era la izquierda la que tenía que dar, era la derecha la que se aprestaba a recoger.

Se separó de ella el Ministro de la Guerra, y Ronny siguió paseando por los jardines, buscando lo que a ella más le interesaba. Buscaba al Príncipe, que era con quien, precisamente, quería tener una entrevista. Descaba hablar con él,

para echarle en cara su proceder, su incorrección al corresponder en una forma tan mal entendida a la amistad que ella le había brindado. Toda su indignación, que a viva

fuerza había estado conteniendo; necesitaba un desahogo, y esperaba el momento de estar frente a frente con el Príncipe para dar rienda suelta a sus pensamientos.

LA CENA

Pero el Príncipe brillaba por su ausencia. Por más que fué de un lado para otro, no pudo dar con él, y entonces fué aún mayor su indignación, al creer que no solamente el Príncipe la molestaba en su decoro, sino que incluso ofendía sus sentimientos femeninos al no venir a la cita. ¿Podía pensarse nada más grosero de un hombre, que invitar a una dama a cenar y no comparecer? Aquello era ya el colmo de la medida, y como para acabar con la paciencia del ser más tranquilo.

Cuando ya desesperaba de encontrarlo, se le acercó el Ministro de Estado, y le dijo:

—Una verdadera satisfacción en volverla a ver, señorita Ronny.

Ronny pensó que también aquel Ministro vendría a hacerle alguna proposición, y dispuesta a no escucharle estaba, cuando el Ministro volvió a decirle:

—Me trae una misión agradabilísima.

—¿Una misión?

—Precisamente de Su Alteza.

—¿Ha venido Su Alteza?—preguntó ella, nerviosamente.

—La espera en el salón comedor... La cena está servida... Sólo falta usted.

—Pues por mí que no se retrase. Tenga la bondad de acompañarme—respondió Ronny.

El mismo Ministro la llevó hasta donde la aguardaba el Príncipe, y la dejó en la puerta, diciéndole:

—Dentro lo encontrará.

Hizo una reverencia, y Ronny, visiblemente emocionada, empujó la puerta y entró en el comedor.

Desde luego, no podía negarse que el Ministro de Estado sabía hacer bien las cosas. El lugar elegido para la cena era magnífico, y en el centro de la amplia estancia, una mesa ricamente adornada y servida

esperaba la llegada de quienes tuvieran que hacerle los honores.

Los mismos pajes que habían estado esperando a Ronny en la escalinata que daba entrada al jardín, se hallaban allí alineados esperando la orden para servir la cena.

Ronny quedó un instante detenida sobre la mesa, como inspeccionando cuanto la rodeaba. Su curiosidad de mujer pudo más que ningún otro sentimiento en aquel momento y revisó con esa minuciosidad tan propia de la coquetería femenina toda la estancia.

Interiormente no pudo menos que quedar satisfecha de aquella inspección, que confirmaba la pericia del Ministro en preparar aquella clase de escenas.

Del techo, en el mismo centro de la estancia pendía una gran araña y bajo ella una mesita, de reducidas dimensiones, como para que los comensales no pudieran estar muy distanciados, cubierta de rico mantel de encaje sobre el que brillaban las copas de rico cristal de roca.

Las sillas habían sido colocadas la una frente a la otra, dejando a la discreción de los que habían de ocuparlas el ir acercándolas cuando lo demandasen las circunstancias.

El Príncipe, en vista de que Ronny no se adelantaba, se acercó a ella y con un gesto de extremada

galantería le ofreció el brazo diciéndole:

—¿Me permite usted que la acompañe?

Ella no contestó a la invitación, pero dándose cuenta de que no estaban solos aceptó el brazo y dió algunos pasos hacia el centro de la sala, mientras que el Príncipe volvió a decirle:

—Me parece verla algo sorprendida...

—En efecto—respondió Ronny—. Aunque he de decirle que la primera impresión no ha podido ser mejor. Se conoce que tiene usted unos ministros muy inteligentes.

El Príncipe, sin comprender la indirecta, la invitó nuevamente a acercarse a la mesa y ella lo siguió hasta quedar el uno frente al otro.

Toda la conversación anterior la habían tenido sin que ninguno de los dos se atreviera a mirar al otro. Parecía como si ambos tuvieran miedo de llegar al momento decisivo de aquella entrevista.

Quedaron en pie sin saber qué decirse, esperando el uno que el otro rompiese el embarazoso silencio que reinaba.

Los pajes y el mayordomo miraban sorprendidos todo lo que ocurría, aunque naturalmente ninguno de ellos hizo el menor gesto que pudiera denotar su extrañeza por la

conducta de los que ellos creían verdaderos amantes.

Al encontrarse frente a frente los dos enamorados, quedaron un momento en silencio, mirándose fijamente. Aquellas miradas parecían espadas dispuestas al desafío, preparadas para la batalla que iba a comenzar dentro de poco.

El Príncipe hizo una seña indicándole a Ronny el lugar que debía ocupar, y le dijo:

—Le ruego que tome asiento.

—Gracias—respondió secamente Ronny, obedeciendo la indicación del Príncipe.

Este se volvió al mayordomo para que sirviese las copas, y cuando estuvieron llenas, le ofreció una a Ronny, diciéndole:

—¡Por nuestro éxito!

—¡Por el suyo!—respondió Ronny, bebiendo.

—¿Acaso no está usted satisfecha del éxito que ha obtenido esta noche?—preguntó el Príncipe.

—¿Por qué lo pregunta?—replicó Ronny.

—Por su negativa a brindar por el éxito de los dos—respondió el Príncipe.

Ella le miró y dijo:

—¿Y si yo le dijera que para mí eso que usted llama éxito ha sido un verdadero fracaso?

—Le contestaría que no sé lo que

quiere decirme—respondió el Príncipe.

—Pues es muy fácil. Muchas veces se sueña con algo que parece imposible, con ese éxito por ejemplo de que acaba de hablar, y resulta que cuando ya se ha conseguido, cuando ya se es célebre, esa misma celebridad es la mayor desgracia que podría ocurrirle a la persona que lo ambicionó.

—Verdaderamente—respondió el Príncipe—confieso mi poca percepción, pero son tan extrañas sus palabras, tan diferentes de las que yo pensaba oír que no puedo por menos que sentirme extrañado.

—Lo comprendo—respondió Ronny ricado irónicamente—. Usted esperaba ver llegar a una mujer ebria de gozo y de alegría, usted creía que al llegar, yo correría a sus brazos para compartir este éxito obtenido... ¿No es cierto?

—Declaro que algo de eso había pensado—respondió con sinceridad el Príncipe.

—Pues no es así—respondió ella.—Y no lo es porque el éxito de esta noche corresponde por entero a usted... en cuanto a lo que se refiere al estreno...

—Usted ha contribuido a él, y si no recuerdo mal, creo haberla oído decir que en el triunfo de esta obra cifraba usted todas sus esperanzas.

—Y era verdad cuando se lo decía. Yo soy una mujer que jamás engaño con mis palabras. Siempre digo lo que siento. Cuando una persona me desagrada, aun cuando peque de incorrecta se lo digo a ella misma y cuando me es simpática le demuestro también el afecto que me ha inspirado.

—Admirable proceder—respondió el Príncipe—. Si todos dijéramos siempre lo que pensamos o lo que somos se evitarían muy a menudo lamentables confusiones.

Ronny advirtió en las palabras del Príncipe cierta ironía, algo así como un reproche que ella misma no podía saber a qué era debido, ni a qué atribuirlo. Por lo mismo desapareció la sonrisa de sus labios y se quedó mirando fijamente al Príncipe, que sostuvo su mirada con igual dureza que la de un juez cuando mira a un delincuente a quien ha de pedirle cuenta de sus actos.

Quedaron unos minutos en silencio, mientras que hasta ellos llegaba la música del jardín.

La situación era cada vez más tirante, y el Príncipe ordenó al mayordomo:

—¡Retírate!... ¡Márchate!

Y, cuando aquél salió, cerrando la puerta, exclamó:

—¡Al fin solos!... ¡Así estamos mejor!

—Y así podré deciros mejor lo que pienso de vuestra Corte ridícula—exclamó Ronny, dando rienda suelta a su indignación.

El Príncipe la miró extrañado, y Ronny, dejando que las frases salieran precipitadamente de sus labios, continuó diciéndole:

—Así os podré decir lo que pienso de vuestros ministros grotescos y de vuestro contrato para toda la vida...

—No os comprendo—respondió el Príncipe.

—Demasiado sabéis lo que os quiero decir—continuó Ronny—. ¡Yo os creí muy diferente de lo que sois, como supuse también que me habíais considerado de una forma muy diferente a la que lo habéis hecho!

—Os ruego, Ronny, que me escuchéis. Vuestras palabras empiezan a aclararme ciertas cosas de las que yo soy ajeno.

—Es inútil que pretendáis fingir—respondió Ronny—. Todo lo que pudierais decirme, ya me lo han dicho vuestros actos, vuestros ministros...

—Escuchadme—insistió el Príncipe.

—¡Dejadme hablar!—demandó, enérgicamente, la joven—. ¡Queríais hacer de mí una Pompadour...

a cargo del presupuesto del Estado...

—No entiendo, Ronny—exclamé el Príncipe.

—Tal vez en esto tengáis razón... Tal vez no estéis enterado de las consecuencias de vuestro deseo. Pero sabedlo bien: vuestros ministros me querían por aliada para manejarlos como un monigote.

—Os engañáis, Ronny. Ha debido pasar algo que nos va a distanciar sin culpa nuestra.

—Será sin la mía, porque de vuestras palabras yo no puedo fiarme... Todo es una farsa aquí en Perusa...

—Hay algo que no lo es—se apresuró a decir el Príncipe—: El amor.

—¡El amor!—respondió sonriendo barlamente Ronny—. ¿Qué sabéis lo que es el amor y cómo

podéis hablar de él?... ¡Pero os habéis equivocado, Príncipe!... Yo no soy una Pompadour... ni siquiera una diva... ¡Soy una muchacha decente, que siempre ha vivido de su trabajo!... Pensadlo bien, por si esto os sirve de lección otra vez.

Y sin esperar la contestación del Príncipe, se levantó de la mesa y entró en una habitación contigua, para salir de aquel palacio.

Al entrar en la habitación, se le acercó el ayudante del Príncipe, y le dijo:

—Señorita, tiene usted que salir inmediatamente de Perusa, por orden de Su Alteza.

—Precisamente, era lo que yo quería—respondió Ronny, recogiendo todas sus cosas.

Y acompañada del ayudante, fué a la estación para tomar el tren que había de conducirla a Viena.

DESILUSION

La realidad empezaba ya a despertarla del sueño en que había estado sumida durante varios días, y como siempre, era un despertar doloroso, triste, que dejaba en su alma una estela de amargura y de desilusión.

Volvió a ser otra vez lo que siempre había sido: la Ronny de los almacenes Eisenstein, pero una Ronny distinta, una Ronny que ya no podría soñar con el amor, porque el amor había sido para ella cruel. Ya había amado y había sentido también el dolor del desengaño, de la traición, de la infidelidad...

Instintivamente, miró el reloj y vio que faltaban pocos minutos para la salida del tren, cuando llegó Antón corriendo.

—¿Es cierto que se va de Perusa?—preguntó.

—Me voy y me echan—respondió ella.

—¿Quién la echa?—preguntó extrañado Antón.

—El Príncipe...

—Eso no es posible—exclamó Antón— ¿Por qué?

—Porque no soy la Pompadour que ellos necesitan...

Al mismo tiempo, mientras que los dos empleados de los almacenes Eisenstein esperaban la salida del tren, en el palacio de Monbijou, se presentaba el ayudante al Príncipe y le decía:

—Siguiendo las órdenes de Vuestra Alteza, la señorita Ronny ha sido conducida a la estación.

Mas el Príncipe había reacciona-

do, había llegado a comprender el motivo de la indignación de Ronny, y su alegría era inmensa. Ronny había rechazado todo lo que le habían ofrecido sus ministros, demostrando que era lo que él siempre había creído: una muchacha formal, digna del amor de cualquier hombre, aun cuando éste fuera incluso un Príncipe.

Preso del deseo de retener la marcha de Ronny, el Príncipe com-

prendió que los minutos eran preciosos, y sin decir nada a nadie, dejándose llevar por el impulso de su propio amor, salió del palacio cuando ya la fiesta había terminado y corrió hacia la estación.

Sobre la plataforma del último vagón, Ronny miraba tristemente a Perugia, a aquel país donde había pasado horas tan felices y del que se iba con el corazón destrozado por un desengaño amoroso.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Ya sólo faltaban segundos para la salida del tren, cuando Ronny sintió que por sus mejillas se deslizaban dos lágrimas. Sonó el pito del jefe de la estación y el tren, lentamente, según su característica costumbre, empezó a deslizarse por la vía.

En aquel preciso instante llegó el Príncipe, vió a Ronny sobre la plataforma y saltó con extraordinaria agilidad a ella, ante la extrañeza de la joven.

Sin darle ninguna explicación, la tomó en sus brazos y saltó con su preciosa carga otra vez a tierra, dejando que el tren siguiera su marcha.

Ronny se quedó mirando al Príncipe y le dijo severamente:

—¿Por qué habéis hecho esto?

—Porque os amo, Ronny... ¡Os amo como jamás podré amar a ninguna mujer!... No puedo dejaros marchar, que sería lo mismo que dejar que mi corazón se fuese...

—¿Y me creéis capaz de aceptar vuestras proposiciones?—preguntó ella.

—Estoy seguro de que las aceptaréis—respondió el Príncipe—. Los dos hemos sido engañados.

Ella le miró extrañada, pudiendo leer en la sinceridad de sus palabras todo el inmenso amor que el Príncipe sentía por ella. Por lo mismo, esperó la explicación del Príncipe, que volvió a decirle:

—Todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido obra de mis ministros, pero sin que yo haya intervenido en nada.

—Entonces, ¿por qué disteis orden de que se me condujera a la estación?—preguntó.

—Porque cuando me enteré de que había aceptado la propuesta de cenar conmigo en el palacio de Monbijou, sentí tal indignación contra usted que quisí que saliera de Perusa. Yo siempre la había creído lo que usted es, una muchacha formal y digna del amor de cualquier hombre. Mas al creer que me había equivocado, mi indignación no tuvo límites. Me sentí herido en mi amor propio y fué tal mi desilusión que tuve necesidad de verla en el palacio para creer lo que me habían dicho.

—¿Y ahora sigue creyéndome igual?

—Ahora es distinto. Otra vez tengo fe ciega en usted, otra vez es usted para mí la misma Ronny de siempre, digna de mi amor. Sus palabras me hicieron comprender toda la trama que se había tejido en derredor nuestro, y por eso he venido a buscarla, para hacerle yo también una proposición, que ésta sí que será para bien de la patria y de su Príncipe... ¿Quiere usted ser mi esposa?

Ronny lo miró asombrada. ¿Era posible aquello? ¿Sería verdad que el Príncipe la amaba?..

Para la inocente muchacha no

era el ser la esposa de un Príncipe lo que la entusiasmaba, sino ser la esposa del hombre a quien únicamente había amado en su vida. Y ante su silencio, el Príncipe volvió a decirle:

—¿Acepta usted ser mi esposa?

Ronny se acercó a él, dejó caer su linda cabecita sobre el hombro del Príncipe, y sólo supo decirle:

—¡Te amo!... ¡Te amo!

Buscó él los labios de ella y los besó con todo el frenesí de aquel amor tan puro como grande.

Juntos volvieron otra vez hacia el palacio de Monbijou, que nunca como entonces podría llamársele del amor. Las luces de los jardines estaban apagadas, nadie transitaba por ellos, y el Príncipe abrió la reja de la puerta e introdujo en ella a Ronny, diciéndole:

—Desde hoy, aquí pasaremos nuestra luna de miel. Mañana, todo Perusa sabrá mi decisión, y no te tratarán como a una nueva Pompadour, sino como a una soberana.

Quedamente, entrelazados uno al otro, fueron andando aquellos maravillosos jardines sin que nadie viniese a estorbar aquel idílico amoroso, que estuvo a punto de quedar truncado por la ambición de unos ministros.

Y mientras ellos, sumidos en el ensueño de aquel amor que unía

sus corazones, iban acercándose al palacio, en las sombras de la noche, como si fuera ejecutada por manos invisibles, llenaba el ambiente la deliciosa canción en la que por primera vez se dijeron su amor.

DUO DE AMOR

Desde el instante que os vi,
con fuerza latió mi corazón
y se apoderó de mí
una volcánica pasión,
También yo al veros sentí
una emoción sin igual,
y en seguida comprendí

que vos erais mi ideal.
¡Oh, dulce y divino ardor,
fuego y gloria del amor!
¡Oh, eterna y fecunda llama
que vivifica al que ama!
Vuestras palabras son fuego,
repetidas, yo os lo ruego,
Que es su dulce melodía
la dicha y la gloria mía.

Y al terminar la canción, sonó en el silencio de la noche, como un broche de oro, un beso, que era también el prólogo de un amor que sería eterno.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA

PORTADA A TODO COLOR

LA MAS SELECTA



PRECIO DE CADA TOMO

UNA PESETA



- | | | | |
|---------------------------|---------------------|---------------------------------|-------------------------|
| La mujer disputada | Norma Talmadge | Náufragos del amor | Jannette Mac Donald |
| Trafalgar | Corine Griffith | El secretario de madame | W. Forts |
| La máscara de hierro | D. Fairbanks | La arlesiana | José Noigüero |
| Los mentiras de Nina | Petrovna | Entre noche y día | E. d'Algy |
| | Brigitte Helm | Al este de Borneo | Charles Bickler |
| El loco cantor | Al Janson | M- (El vampiro de Düsseldorf) | Peter Lorre |
| Los pecados de los padres | Emil Jannings | La dama atrevida | R. Pereda y L. Alcántiz |
| El destello del amor | Maurice Chevalier | El príncipe gondolero | Roberto Rey |
| El amor y el diablo | Marin Corda | El teniente seductor | Chevalier |
| Raspúit | W. Goldaroff | Fatalidad | M. Dietrich |
| La Intrusa | G. Swanson | Los que danzan | A. Moreno |
| La Marsellesa | Laura la Plante | Carné de cabaret | R. Pereda-L. Tovar |
| ¡Me perteneces! | F. Bertini | El doctor Frankenstein | Horis Karloff |
| La sirecilla domada | Mary Douglas | Sveugali | John Barrymore |
| El general Crack | John Barrymore | Pagada | Jean Crawford |
| El rey vagabundo | J. Mac Donald | Carolicismo | Gustav Fröhlich |
| | D. Kings | Kismet | Loretta Young |
| Un hombre de suerte | Roberto Rey | Gimarrón | Richard Dix |
| Cascarabias | Ernesto Vilches | Dirigible | Jack Holt |
| Noches de Nueva York | Norma Talmadge | La dama de una noche | F. Bertini |
| | Antonio Moreno | El teniente del amor | Gustav Fröhlich |
| La voluntad del muerto | Antonio Moreno | Nacida para amar | Constance Bennett |
| La mujer en la luna | Gerda Maurus | Aventuras de Tom Sawyer | Jackie Coogan |
| El cepelín perdido | Cooway Tearle | Mucios | Pierre Fresnay |
| Las luces de la ciudad | Charlot | Una mujer de experiencia | Helen Twelvetrees |
| Su noche de bodas | Imperio Argentina | El ángel de la noche | Nancy Carroll |
| El embrujo de Sevilla | M. F. L. de Guevara | Una canción, un beso, una mujer | Gustav Fröhlich |
| Don Juan Diplomático | Celia Montalvan | Una hora contigo | Maurice Chevalier |
| La última orden | Emil Jannings | Los corazones y su latido | L. Harvey y H. Garat. |
| Un caballero de Irac | Roberto Rey | | |
| El comediante | Ernesto Vilches | | |
| Lo mejor es irse | Imperio Argentina | | |
| Luces de Buenos Aires | Carlos Gardel | | |

EDITORIAL "ALAS" Apartado de Correos 707
Valencia, 254 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas,
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el certificado. Frawqueo gratis.



CANCIONERO POPULAR

32 Páginas de texto: 30 cts.
VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

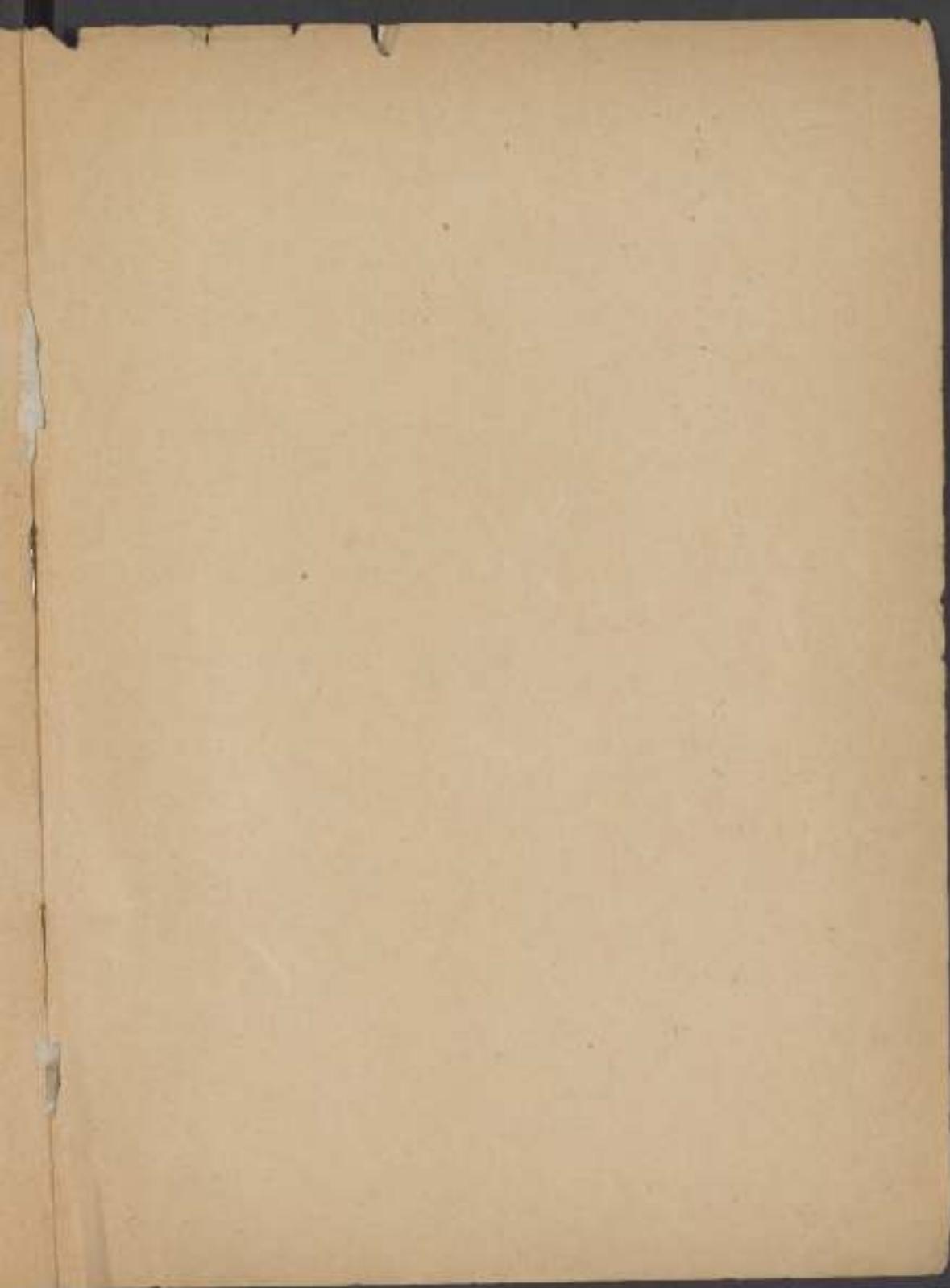
Carlos Gardel	Azucena Maizani
Imperio Argentina	Mario Visconti
J. Mac Donald	El Cante Jondo
José Mojica	Carlos Gardel
Roberto Rey	(Nuevos temas)
Bianca Negri-Alady	Dolly Haas
Enriqueta Serrano	Lupe Rivas Cache
Felisa Galé	Mercedes Serós
Celia Gámez	Custodia Romero
Orquestina Planas	Emilio Sagi-Barba
L. Harvey-H. Garat	Marcos Redondo
Maurice Chevalier	Marlene Dietrich
Rampér	Agustín Irusta

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos sin cargo envíos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Francoeo gratis

E. 30-4-68/15





EDITORIAL
"ALAS"

UNA peseta